

Cuentos de locura para psicólogos cuerdos



Pedro E. Vázquez Silván

Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis

libros
RED

Cuentos de locura para psicólogos cuerdos

Pedro F. Vázquez

Colección

Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis

www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo

Dirección de Contenidos: Ivana Basset

Diseño de cubierta: Daniela Ferrán

Diagramación de interiores: Julieta L. Mariatti

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital

© LibrosEnRed, 2011

Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

INTRODUCCIÓN

“Sólo el médico herido es capaz de curar.”

Carl G. Jung

De las diversas carreras universitarias que uno podría elegir, la de Psicología podría ser una de las más controvertidas, no por su dificultad —y no es que se trate tampoco de una ciencia practicable con facilidad—, sino, más bien, por el perfil que se requiere para el ejercicio de esta honorable profesión. De los psicólogos, la sociedad demanda personas “normales”, lo cual sería imposible si consideramos que, para algunos, la normalidad es una cuestión de grados, y que, para otros, simplemente no existe. Lo cierto es que, detrás de cada psicólogo, subyace una historia personal, la que incluye, entre otras cosas, una serie de traumas, complejos, problemas intrafamiliares, hábitos, ideologías, y un muy largo etcétera. Unas de tales historias son más desconcertantes que otras, y a razón de ello, por un algún ser estafalario la psicología habrá de ser criticada con dureza y, por algún otro virtuoso, loada con generosidad, siendo la primera opción, desafortunadamente, la más recurrente.

Los protagonistas de estas historias son psicólogos, pacientes y estudiantes de psicología, y sus escenarios, en su mayoría, no tienen tiempo ni lugar: mujeres y hombres ingenuos, irascibles, fóbicos, depresivos, perspicaces, arrogantes, instruidos y, no obstante, enfermos, aun en su propia condición de especialistas.

El libro finaliza con “El decálogo del psicólogo cuerdo”, una parodia hilarante de las reglas que implican el ejercicio de la psicología.

Cuentos de locura para psicólogos cuerdos es una obra que pretende mostrar el lado humano del experto en salud mental, de una manera un tanto exagerada y humorística. ¿No, acaso, se dice que todos los psicólogos están locos? ¿O que estudian esta carrera para resolver sus propios problemas?

Al lector le corresponderá dar respuesta a esas preguntas, pero antes de despertar controversia en torno a tan delicadas cuestiones, los invito a sumergirse en la mente de personajes extraordinarios e historias paradójicas sobre el comportamiento de los propios doctores de la mente y, sobre todo, a deleitarse en las situaciones que cada uno construirá con sus oscuras motivaciones. Como el título bien lo advierte, estos cuentos son para psicólogos cuerdos..., si es que existen.

El autor

EL PSICÓLOGO Y EL CHOFER

El primer paso de la ignorancia es presumir de saber.

Baltasar Gracián

El psicólogo Ricardo Aragón manejaba cerca de treinta minutos todos los días, de su casa al trabajo, procurando siempre tomar un camino diferente, pues odiaba la rutina, mas no tanto como las comodidades que la vida le ofrecía. De entre todas sus posesiones, apreciaba en particular su coche. El psicólogo Aragón era dueño de un Porsche negro metálico, con un sistema de sonido y navegación no menos impresionantes que su cómodo diseño interior. Cuando el automóvil sufrió una avería, la necesidad y la prisa por llegar al trabajo lo condujeron una mañana, como en sus años escolares, a la vieja parada del transporte público, tan poco confortable, impregnada de olores distintos y desagradables; y también repleta de gente extraña, como aquellos hombres sudorosos ataviados con saco y corbata, el mendigo que dominaba con fluidez más de dos idiomas, la señora con sus pavos camino a la gran ciudad y uno que otro comediante frustrado.

Tras haberse preparado mentalmente para su arribo, ansiando la milagrosa aparición de un taxi, el reloj le indicaba que si no partía en ese momento, no llegaría a tiempo al trabajo. Dio entonces el primer paso en el microbús que lo conduciría hacia su destino. “¡Qué dramático soy!, mi carro estará listo en unos días, y todo volverá a la normalidad, no es posible que yo me angustie por algo tan tonto”, se decía a sí mismo para componer el semblante.

El transporte era en verdad malo, en el sentido estético: por fuera estaba viejo y sucio; por dentro, angosto, asfixiante, además de estar adornado al frente con innumerables calcomanías y osos de peluche. Su segundo paso, debido a tanta distracción, fue fatal. No había logrado alcanzar el tercer escalón cuando tropezó y cayó justo a los pies del conductor, un hombre obeso, de barba hirsuta y con la camisa mal abotonada, quien al verlo resbalar no pudo evitar carcajearse. El psicólogo, molesto, recogió sus documentos, que se habían esparcido por el polvoriento piso, luego sacó de su bolsillo la cuota de su pasaje, pagó y le dijo al chofer:

—¿Por qué se rió de mí, en lugar de ayudarme? Usted no lo sabe, pero yo soy psicólogo y ayudo a las personas a sanar sus emociones, trabajo con gente difícil, he salvado la vida de personas al borde del suicidio y matrimonios que se creían destruidos. Cada día me enfrento a la locura cara a cara, y usted, es solo un chofer de microbús, ¿quién de los dos tiene la vida más patética?

Y el conductor, sin muestra del más mínimo asombro ante tal argumento respondió:

—Usted.

UN NOVIO PARA ALEJANDRA

“Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis...”

Sor Juana Inés de la Cruz

Al cumplir los treinta años, Alejandra era la única soltera de la familia. Siendo la menor de ocho hermanos, tanto ellos como su madre nunca perdían la oportunidad de preguntarle si frecuentaba a algún pretendiente o si tenía por ahí escondido al amor de su vida. Esa era la eterna pregunta que atormentaba a Alejandra, quien desde temprana edad se la pasaba anunciando a los cuatro vientos que nunca compartiría su vida con un desconocido, pero que, sin embargo, deseaba ser madre algún día. Su inamovible idiosincrasia era resultado de sus recurrentes e intrusivos recuerdos infantiles en los que veía a su padre maltratar cruelmente a su madre día tras día. Sólo la muerte de ese hombre infame le trajo la paz a su hogar, y desde entonces, juró jamás dejar a su abnegada madre desamparada.

Alejandra era, en apariencia, una persona inexorable de carácter, con un rostro hostil, mesomórfico y de prominentes pómulos; solo el color miel de sus ojos conservaba la inocencia y ternura de la niña que habitaba en su corazón. No era ni alta ni baja y ostentaba una esbelta figura que no era, en absoluto, el reflejo de su verdadera edad. Entre las características más peculiares de su personalidad destacaba su criterio para seleccionar a sus amistades: no le importaba que fueran hombres o mujeres, jóvenes o adultos, blancos o negros, ricos o pobres, pero debían tener como único requisito, el ser homosexuales, de modo que, siendo ella de preferencia heterosexual, no corría el riesgo de enamorarse de ninguno de ellos. Su color favorito, el negro; lo que más adoraba en el mundo, su madre; lo que más detestaba, a los hombres. De éstos últimos, evitaba cualquier situación que involucrara contacto físico, lo que incluía besos, aunque fueran en la mejilla, abrazos de felicitación e, incluso, darles la mano tan solo para saludar. Aún más radical era su afán de buscar ayuda médica, de una mujer, claro está, para romper su himen, algo que, desde la adolescencia, había intentado lograr, realizando toda clase de actividades que, de acuerdo a los libros de biología, la librarían de ese estorbo. De allí que el apasionado fanatismo por la equitación y el ciclismo de montaña significaban para la joven algo más que simples pasatiempos.

Ver a la madre de Alejandra sentada en su rústica mecedora de madera, preocupándose por su bondadosa hija, era cosa de todos los días. En su cabeza solo había lugar para pensar en el porvenir de Alejandra, lo que sería de ella cuando su madre ya no estuviera.—Tan sola, tan joven, demasiado apegada a mí,

pobre, si tan solo se dejara enamorar y encontrara un buen muchacho, uno que la respetara y protegiera, me haría tan feliz —se decía continuamente aquella mujer de cabellos blancos, quien llevaba cinco años insistiendo a su hija para que asistiera a terapia psicológica. A su parecer, algo había mal en Alejandra, pero cuando se discutía el tema, pasaban semanas sin dirigirse la palabra, salvo para los buenos días y las buenas noches.

—¿Para qué un psicólogo? Para que me diga que estoy loca, y eso ya lo sé y así soy feliz; si quisiera escucharlo de nuevo, te tengo a ti y a mis hermanos —replicaba enfadada la recia Alejandra. Hasta que una tarde de agosto, las insistentes lágrimas de su adorada madre, que eran lo único que causaba conmoción a su existir, lograron convencerla.

—Está bien mamá, acepto tu propuesta de muy mala gana, pero, por el amor de Dios, deja de llorar —dijo Alejandra con su irritable voz cuando se trataba de sentimentalismos. Esto no ofendió a su madre, sino, más bien, la llenó de alegría, pues conociendo tan bien a su hija, no esperaba respuesta más dulce; además, tenía la firme convicción de que pronto se lo agradecería.

La misma Alejandra llamó para confirmar su cita, la cual quedó concretada para las cuatro treinta de la tarde del viernes. El psicólogo que la atendería era un hombre de edad avanzada, muy conocido en el gremio de la salud mental por su sentido del humor en lo social y por su inquebrantable seriedad en lo profesional. Para Alejandra, vejez era igual a experiencia, y si es que en verdad algo había mal en su cabeza, solo una persona así podría ayudarla; de suerte tal que, por esta ocasión, hizo a un lado su prejuicio hacia el género masculino.

El día de su cita, estando ya en la sala de espera del consultorio, la joven estuvo a punto de renunciar a su empresa. “Sería tan fácil decirle a la secretaria que voy a comprar algo de tomar y no volver”, mas antes de que el pensamiento la llevara al acto, se abrió la puerta de aquel recinto.

—Pase, por favor —dijo la voz grave del psicólogo.

Por instinto, Alejandra comenzó a mirar todo lo que había en el lugar, y percibió a su costado izquierdo un tapete alfombrado, encima del cual se hallaban varios cojines grandes; detrás del escritorio se encontraba una pequeña pecera habitada por un pequeño pez dorado.

—Bienvenida, Alejandra, dime, ¿a qué debo el motivo de tu visita? —expresó el psicólogo con una sonrisa que pareció lo suficientemente genuina para motivar a la defensiva paciente a dialogar.

Después de varios minutos de hablar con cuidadosa libertad, Alejandra dijo:

—Y, básicamente, esos son mis problemas, por eso estoy aquí, ya puede decirme que estoy loca.

El psicólogo la contempló seriamente y agregó:

—Dime, ¿escuchas voces dentro de tu cabeza que te dicen cosas extrañas?, ¿has visto alguna vez cosas extrañas o inusuales que nadie más puede observar?

—No, jamás —respondió Alejandra.

—Entonces no estás loca; sin embargo, puedo notar que ese odio y evitación hacia los hombres tiene origen en tu niñez. En otras palabras, es posible que veas reflejada la imagen de tu padre en todos los hombres heterosexuales que conoces, por eso los repeles de tu vida —dijo el psicólogo.

Alejandra quedó atónita al escuchar tal interpretación, pues nunca había pensado en semejante idea, al menos a nivel consciente. Después de una pausa, respondió con escepticismo:

—¿Eso cree usted?, ¿que veo a mi padre en todos los hombres? ¿Y qué se supone que haga al respecto? Así soy feliz; lo único que necesito es a mi madre, con eso me basta y me sobra para sentirme completa.

El psicólogo, combatiendo la hostilidad de su paciente con la serenidad de un monje tibetano, respondió:

—Tal vez podrías darte la oportunidad de conocer a un hombre heterosexual, compañero de estudio o trabajo, vecino u otra clase de persona que encaje en esta categoría, solo para comprobar si en verdad hay razones reales que justifiquen tu rechazo hacia ellos. Eso no significa que te enamores, ni te cases o te comprometas, solo date la oportunidad de conocerlos.

La paciente, desconcertada por tales sugerencias, expresó:

—A los hombres solo les importa el sexo. Quizá yo esté loca, pero usted lo está aún más por decirme esas cosas. Fue un gran error haber venido, por lo que ni siquiera agradeceré su tiempo —dijo encolerizada, abandonando de inmediato el consultorio, solo deteniéndose, apenas, para dejarle a la secretaria los honorarios de la consulta; y, al salir del edificio, se propuso jamás volver.

Al llegar a su casa, su madre, quien no cabía de dicha por ver a su hija volver de su primera terapia, no fue informada de lo desagradable que esto había sido para Alejandra. Contrariamente, ésta le dijo que todo iba bien, y que se esforzaría por no faltar a ninguna de sus citas.

Esa noche Alejandra tuvo una espantosa pesadilla, posiblemente por el remordimiento de haber mentado a su madre, o sería tal vez que alguna reminiscencia de lo platicado con el psicólogo había logrado filtrarse en las profundidades de su mente. Se soñaba siendo espectadora de su propia boda, vestida de blanco, en una majestuosa ceremonia donde se encontraban familia y amigos, todos disfrutando de aquella celebración; mientras que ella se encontraba

atada de pies y manos a una silla situada en primera fila, contemplando como transcurría el rito nupcial, sin poder hacer nada al respecto para detenerlo, pues ella era invisible para todos.

Con un violento sobresalto despertó la aterrada Alejandra y se preguntó si lo que necesitaba realmente era conocer personas del género masculino, temiendo enamorarse sin querer. En estas cavilaciones se le fue el resto de la noche:

—Lo intentaré, qué más da —concluyó, cuando ya eran casi las siete de la mañana.

De entre todos los hombres que conocía, eligió al que, por intenciones aparentemente desinteresadas, la había pretendido desde la secundaria; Carlos, un vecino que además de ser cortés y tener un empleo bien remunerado en una compañía petrolera, le agradaba a su madre. La invitación para salir se la dio ella en persona, y le aclaró que ni por un instante pensara siquiera en tocarle un cabello. Él, que después de tantos años había esperado al menos una palabra de desdén por parte de Alejandra, aceptó con gusto la condición.

Transcurrieron dos largos años de aquella amistad que, poco a poco, fueron suavizando el rebelde corazón de Alejandra. Había días en que, incluso, era discretamente romántica, pero hasta entonces, nunca había permitido que Carlos la tocara, aun si fuera para darle una bienvenida o un adiós. A pesar de eso, el joven pretendiente parecía comprender, y su generoso trato hacia Alejandra no aminoraba en absoluto.

Una tarde de aquellas en que, como dos desconocidos, se paseaban por la plaza, Carlos tomó un clavel rojo del estante de una florería al paso, se la dio sutilmente a su amada y dijo algo que su corazón ya no podía demorar: “Alejandra, te amo, ¿quieres ser mi novia?”

Ella se sonrojó, y después de meditarlo unos segundos, respondió: “Sí, sí quiero”.

Al instante, él trató de besarla, sentir por primera vez sus labios, pero ella, cortésmente, lo rechazó.

—Lo siento, Carlos, aún no creo estar lista para esto, discúlpame —dijo Alejandra con tristeza.

—No te preocupes, sé que me amas tanto como yo a ti, y eso será suficiente para que, un día no muy lejano, superes todos tus miedos; me enamoré de tu persona, no de tu cuerpo —respondió, confiado, el galante Carlos, mientras dibujaba al aire, con sus manos, un corazón.

En su primer aniversario de novios, ambos habían prometido hacer algo especial para celebrar, y con un volado iban a decidir quién elegiría el lugar y prepararía una sorpresa para el otro; la suerte decidió que ese sería Carlos.

La noche tan esperada, Alejandra hizo todo a su alcance para lucir como una princesa sacada de un cuento de hadas. Su madre, que en la distancia y desde la sala, la observaba con deleite, estaba orgullosa de tener una hija tan hermosa, que por fin había encontrado la felicidad al lado de un buen hombre: “¡Ya ves cómo sí te sirvió ir con el psicólogo!”, decía.

Alejandra, que nunca le había dicho a su madre que sólo había asistido en una ocasión, se limitó a responder: “Definitivamente, sí que habían sido útiles esas terapias”.

Se oyó el bullicio de un automóvil, era Carlos, quien, como todo un caballero, portaba ropa formal con elegancia y un perfume con exquisito aroma. Ambos se despidieron de la complacida madre y partieron hacia la sorpresa que el novio tenía preparada.

Se dirigieron hacia las afueras de la ciudad, ya que el destino era una lujosa cabaña que Carlos había reservado para cenar y bailar con su amada. Justo frente a la puerta, éste le vendó los ojos a Alejandra; luego, tomándola del brazo, la hizo pasar, cuidando de que no tropezara; finalmente adentro, Alejandra oyó con claridad cómo ponía llave a la cerradura.

—¿Para qué cierras con llave la puerta, mi amor? —dijo la, hasta entonces, invidente novia.

—Eso es parte de la sorpresa, Alejandra —y trató de besarla en los labios con ternura, pero ella lo rechazó de una forma involuntaria.

—Perdón, Carlos, en serio, es que yo... —dijo con aflicción Alejandra, aún con la venda en los ojos.

—Sabes, desde que te conocí, me enamoré de ti, de tu forma de ser, de la seriedad de tu mirada, de toda la bondad en tus actos. Pero con el tiempo, he descubierto que no cambiarás, estoy harto de tus tontos miedos, así que, si no me complaces por las buenas, te tomaré a la fuerza. —Dicho esto, comenzó a besarla con lascivia, rasgó su vestido y abusó de ella sin piedad.

La desdichada Alejandra se desgarraba la garganta gritando, pero era inútil; como en aquella terrible pesadilla, nadie podía escucharla.

—Carlos, por favor, déjame ir, si me amas —decía, ahogada en llanto.

Cuando el agresor hubo terminado su fechoría, la llevó a un tramo inhabitado de la carretera y ahí la abandonó.

En la tarde del día siguiente, Alejandra fue encontrada por un grupo de policías que circundaban aquel territorio. Se hallaba casi sin vida y aún con la venda sobre los ojos; aquello era, quizá, una señal de la vergüenza que le causaba su cruel infortunio.

Diez días después, Carlos fue hallado por las autoridades judiciales en el sótano de su casa, donde sus padres lo habían ocultado desde el día del incidente. Ahora cumple una condena de dieciocho años en prisión, por el delito de violación.

La vida de Alejandra no volvió a ser la misma; por varios meses permaneció en estado catatónico, y desarrolló, a la postre, esquizofrenia paranoide, motivo por el cual fue ingresada a un hospital psiquiátrico, donde, hasta nuestros días, reside en el pabellón femenino de pacientes agudos.

Cuando su madre la visitó por primera vez en aquel encierro, la desteñida vestimenta a rayas y la mirada perdida de sus ojos color miel le destrozaron el corazón. Fue entonces cuando expresó algo que, en sus cinco sentidos, Alejandra siempre deseó escuchar.

—Tenías razón, hija, todos los hombres son iguales.

UNA BUENA REPUTACIÓN

Una onza de reputación vale más que mil libras de oro.

Proverbio italiano

A sus veintiocho años, el psicólogo Leonardo Solano ostentaba los títulos de psicoterapeuta humanista, psicólogo clínico, psicodramatista, sexólogo, terapeuta cognitivo conductual, hipnoterapeuta y terapeuta grupal, entre muchos otros reconocimientos académicos, que, con orgullo, exhibía en los muros de su consultorio. Ese enorme bagaje de conocimientos había favorecido en demasía a su imagen como profesional de la salud mental y, en consecuencia, era bastante respetado en el hospital donde, desde hacía dos meses, había comenzado a laborar. Como no contaba con mucha experiencia desde su egreso de la licenciatura, especialidades y maestrías encauzadas al área clínica, todas cursadas en forma consecutiva, se había propuesto estudiar hasta que, por sí mismo, decidiera cuándo se encontraba listo para buscar un empleo.

La mayor parte de sus coetáneos universitarios habían decidido trabajar e, incluso, casarse a la par de su egreso, pero Leonardo divergía de esos caminos; para él, era insostenible la simple idea de ejercer una profesión sin estar suficientemente preparado en la teoría, antes que en la práctica.

—Con toda mi trayectoria académica, me encuentro tan instruido que no puedo sino esperar una sobresaliente reputación en este hospital —se dijo, en su primer día de trabajo.

En cierta ocasión, mientras regresaba de la visita médica matutina hacia su consultorio, un hombre lo abordó en el pasillo; se trataba de un individuo de mediana estatura, robusto, de facciones toscas, cuya piel morena parecía haber sido castigada por el sol en más de una ocasión. Vestía con humildad y, en su rostro, así como en sus manos, eran visibles unas enormes cicatrices.

—¿Es usted el doctor Solano, verdad? —dijo, consternado, el hombre.

—Sí, así es, ¿puedo ayudarle en algo? —dijo el psicólogo, intentando no sentirse tan sorprendido por tan súbito abordaje.

—Doctor —dijo el desconocido, mientras trataba de contener unas lágrimas que empezaban a florecer en sus ojos—, mi hermana trabaja aquí y me dijo que le buscara pa' pedirle ayuda, porque, verá, yo creo que estoy loco. —Dicho esto, rompió en llanto—. Por favor, ayúdeme, yo me quiero morir, no me quedan ganas de seguir viviendo.

—Está bien, trataré de apoyarle; primero, tranquilícese, que todo tiene solución. Si me acompaña a mi consultorio, podremos platicar de por qué piensa de esa manera.

Ambos se dirigieron hacia el consultorio y, en el camino, el psicólogo se preguntaba qué tan grave podría hallarse esta persona, mientras que el individuo, por su parte, sin dejar de sollozar, continuaba su lastimoso discurso.

—Yo me llamo Angulo —dijo el afligido, en más de una ocasión. Esto resultó hilarante para el psicólogo, quien, para calmarse, comenzó a indagar sobre el desconocido.

—¿Y cuántos años tiene, Angulo? —preguntó.

—Treinta años —dijo el desventurado personaje.

—¿Y desde cuándo sientes esas ganas de querer morir? —questionó el psicólogo, pensando en la idea risible de que sus deseos de morir pudieran deberse a su nombre.

—Desde siempre, porque mi apá nos abandonó, y crecí sin oportunidad de sé' alguien en la vida, no se leé' ni escribí', crecí “al trancazo”, de un rancho a otro, y cuando pienso en todo esto me pongo triste, me da por tomar y cuando llego a mi casa borracho me desquito con mi mujer y mi hijo, me enojo y quisiera “contramatarlos” a los dos, luego me pongo a llorar de arrepentimiento y deseo la muerte, porque nunca les daré nada bueno con el sueldo que gano.

—¿A qué se dedica? —preguntó el psicólogo, que empezaba a entender que podría tratarse de un paciente de riesgo.

—Soy pión de albañil —dijo el afligido hombre, sin cesar su llanto.

—¿Y alguna vez ha intentado suicidarse? —preguntó el psicólogo.

—¿Qué es suicidarse? —expresó el hombre, sollozando.

—Me refiero a que si antes ha tratado de hacerse daño o quitarse la vida —respondió el psicólogo.

—Sí, hace tres meses guiné una soga pa' ahorcarme en una mata de ciruelas, pero mi mujer y mi suegro me detuvieron cuando me intentaba subir —dijo el infeliz, ahogado en sus propias lágrimas.

Por fin llegaron al consultorio, ambos tomaron asiento, y, a puerta cerrada, comenzó esa consulta improvisada.

—¿Y qué cree usted que le provoca ese malestar emocional que usted manifiesta como deseos de morir, ira y tristeza? —continuó el experto.

—Mi pasado, doctor, mi infancia. Por las cosas que sufrí creo que no valgo nada —respondió el paciente, sin suprimir el llanto.

—Verá, señor Angulo, que, a veces, el pasado, aunque sea tortuoso, también nos proporciona experiencias positivas; tal vez usted esté haciendo omisión de ellas —dijo el psicólogo, en tono flexible, y continuó—: Todo depende de la forma en que percibamos la vida.

De modo inesperado, el paciente, el paciente, quien desde el principio había evadido el contacto visual, lo miró fijamente con semblante de duda y, al mismo tiempo, dejó de llorar, como quien cierra una llave de agua que no para de gotear.

—Doctor, ¿qué es tortuoso?, ¿qué es omisión?, ¿qué es percibir?, usté' no me entiende... —gritó el hombre con quebranto y se marchó al instante arrastrando la misma crisis con la que el psicólogo lo había encontrado.

Al día siguiente, el psicólogo Solano encontró sobre su escritorio un periódico con el encabezado que exponía: “Estaba harto de la vida”, sobre el lado izquierdo, se mostraba la foto de un hombre que pendía de una rústica soga atada al cuello, el rostro era apenas reconocible por la lejanía de la toma. El contenido enunciaba “individuo de treinta años, quien, en vida, respondía al nombre de Angulo Gómez Priego, fue hallado sin vida, colgado de un ciruelo en su domicilio en... El suceso ocurrió el día de ayer, alrededor de las 2:30 a.m....” Anexada al periódico, yacía una nota escrita a mano: “Me encargaré de que su reputación se desmorone cada día un poco más. Por su ineptitud, es usted un peligro para sus pacientes”, señalaba el escrito sin remitente.

Quien dijera que lo más sabio habría sido esperar hasta las últimas consecuencias de este funesto incidente, no conocía a Leonardo, pues sin demora, el miedo hizo presa a sus pensamientos, convirtiéndolo en su propio juez y verdugo.

—¡Tantos años invertidos en mi carrera! ¡Y perderlo todo por algo que se salió de mis manos, cuando mi intención solo era ayudar a ese pobre hombre! No quiero averiguar si esto será cierto —pensó en voz alta, tomando a la par un sorbo de un buen café que ya empezaba a volverse parte de su rutina matinal, y se dispuso en ese instante a presentar su renuncia. Tomando en cuenta sus erudiciones, tenía la seguridad de que en cualquier otro hospital habrían de contratarlo.

De todas las personas que lo conocían en el hospital, ninguna lo volvió a ver por sus alrededores y, tras su retiro, todos en la institución llegaron a saber lo sucedido con aquel paciente. Resulta ser que la autora de la nota era la hermana del extinto, una enfermera del segundo piso que tomó la renuncia del psicólogo como un logro digno de ser divulgado a los cuatro vientos, sin importar dónde ni a quién.

El psicólogo, por su parte, como consecuencia de aquella mala referencia, jamás volvió a ser contratado en ningún otro hospital ni centro clínico del país, lo que nos enseña, como dice el viejo adagio, que el chisme, es una moneda que

empobrece al que la recibe. Hoy se le puede encontrar en el centro de la ciudad, conduciendo un taxi amarillo con el número setenta y siete; por quince pesos, puede llevarle a cualquier parte y, si tiene suerte, hasta puede darle un buen consejo.

FOBIA

Muy a menudo, el miedo a un mal nos lleva a realizar uno peor.

Nicholas Boileau-Despresaux

La señora Leticia Hernández Ángel era, en sus años mozos, lo que cualquiera podría llamar una “mujer normal” de clase media. Vivía con sus padres y dos hermanos en una cómoda casa ubicada en una colonia cercana a la gran ciudad; tenía un novio amoroso y, con un título de técnica en administración, había conseguido un empleo como secretaria en un despacho contable cercano a su hogar, que, más adelante, hubiera deseado jamás haber aceptado.

La labor de Leticia consistía en encargarse del papeleo rutinario de la oficina, y en ocasiones, del manejo de las finanzas. Respecto de esto último, su jefe le había dado órdenes claras y precisas de ser muy cuidadosa, pues él tenía dos hijas adolescentes que podían presentarse a pedir dinero, de un momento a otro, en su nombre, y estrictamente le estaba negado concederles tal favor, de otro modo habría de reponer el dinero con su propio salario.

Tal como su jefe le había advertido, las chicas se presentaron una mañana pidiendo dinero de modo urgente, con el argumento de haber sido autorizadas por su padre. Mas, al no obtener ni un centavo de aquella leal secretaria, se marcharon muy molestas. Esta escena se repitió durante dos semanas consecutivas sin ningún resultado favorable para las obstinadas hermanas, lo que las llevó a planear algo que, si bien no les daría el dinero que deseaban, al menos las haría pasar un buen rato vengándose de aquella incommovible mujer.

Sucedió entonces que un lunes, mientras Leticia tomaba un breve descanso en la oficina, se presentaron las hermanas, como de costumbre; a diferencia de que, en esta ocasión, la mayor sostenía en sus manos una misteriosa bolsa grande de plástico color negro.

—Si vienen por dinero, saben de sobra que no les daré nada, así que les sugiero que no pierdan su tiempo —dijo Leticia con seriedad, remojando una galleta en su taza de café con leche.

—No, hoy no venimos a pedirte dinero, sino a darte una sorpresa —respondió con sarcasmo la hermana menor.

—Sí, espero que te gusten las sorpresas, porque esta será inolvidable, tómala como un agradecimiento por enseñarnos que es mejor ganar el dinero trabajando que solo pedirlo —agregó con malicia la mayor.

Entonces, sacó de la bolsa una enorme serpiente albina de casi tres metros de longitud y sesenta centímetros de grosor, cuyo fétido olor a pantano fue apercibido por los presentes al ser liberada; y la colocó sobre el escritorio de Leticia.

La imagen del gigantesco reptil arrastrándose apenas le permitió retroceder unos cuantos centímetros de su silla y derramar el café y las galletas sobre los papeles apilados sobre su escritorio. Segundos después del shock, comenzó a gritar tan fuerte que todo el vecindario podía oírla, aunque nadie apareció en su auxilio.

—Por lo visto, te gustó, ¿acaso no te gustaría cargarla?, anda, verás lo cariñosa que es —dijo, carcajeándose, la hermana menor.

—Buena idea, la cargarás —continuó la mayor, levantó la serpiente del escritorio y la colocó frente a Leticia—. Te daré tres segundos para que corras lo más lejos que puedas, antes de que te alcance y la serpiente te devore, ¡entendido! —prosiguió la pérfida hermana mayor.

No pasaron siquiera ni dos cuando Leticia emprendió la huída más veloz de su vida. Desesperada y hecha un mar de llanto recorrió más de dos kilómetros por varias colonias de la ciudad, hasta perder de vista a su victimaria.

Cuando, por fin, se detuvo, completamente fatigada y a punto de desmayarse, se percató de que había llegado a las afueras de la ciudad, muy lejos de su hogar. Entonces, frente a aquel paisaje, se arrodilló a desahogarse con más desconuelo; al cabo de unos minutos, recobró el aliento y se dispuso a volver caminando a su lugar de trabajo, avergonzada de cuantos pudieron haberla visto correr por las calles como una loca y un poco paranoica respecto de todo lo que veía a su paso. Al llegar a su destino, solo encontró un jefe furioso que la despidió de inmediato por haber abandonado sus deberes y haber destruido importantes documentos del despacho; y no le dio tiempo para que explicara sus razones.

Veinte años después, a la señora Leticia solo le quedaba un matrimonio casi destruido por las limitaciones que padecía debido a su inmenso miedo a las serpientes y ese terrorífico episodio que podía contar una y otra vez, detalle a detalle, sin dejar de sentir lo mismo que aquella ocasión.

La fobia de Leticia había llegado al extremo de no permitirle siquiera ver una serpiente dibujada, ni en fotos, mucho menos contemplarla en la televisión; tampoco podía salir de su casa a comprar, ni realizar tareas simples dentro de ella. Para eso, habían contratado a una señora que realizaba todos los quehaceres, y cuando Leticia quería ir al baño en la mitad de la noche, prefería aguantarse las ganas, pues sentía que, en cualquier parte, se encontraba asechada por serpientes. Cuando cumplió los cuarenta, empezó a involucrar a sus hijas en sus temores les decía todo el tiempo que no caminaran por donde hubiera césped, que no practicaran deportes y que, después de las seis de la tarde, tenían prohibido salir.

Estas, al observar el sufrimiento de su madre, le sugirieron ir al psicólogo; no obstante, para asombro de ellas, Leticia no sabía ni lo que eran ni lo que hacían los psicólogos, así que comenzaron por explicárselo y, al final, accedió.

El día de la cita, Leticia estaba hecha un manojo de nervios: “¿Será posible que alguien pueda ayudarme a superar este malestar que me ha durado tantos años? Si no pudieron ni los curanderos, ni sacerdotes, ni tantos remedios que me han purgado hasta el alma”, se decía Leticia, interiormente.

Cuando la señora entró, por fin, al consultorio, le pareció un lugar seguro; el orden y la limpieza del lugar le brindaron, por un momento, una sensación de paz, aunque había un detalle que le llamó la atención: en una de las esquinas, se hallaba un trapeador húmedo, lo cual le pareció extraño, pero trató de excluirlo de sus pensamientos.

Después de oír el motivo de la consulta y la historia de la señora Leticia, el psicólogo determinó de inmediato que todos los síntomas apuntaban hacia un trastorno de estrés postraumático: recuerdo intrusivo del evento traumático, pesadillas, falta de respuesta al entorno, anhedonia y evitación de las actividades evocadoras del trauma. Todo manifestado a través de una fobia a las serpientes. “Haremos lo siguiente, señora: para que usted empiece a perder este miedo, irá desensibilizándose poco a poco mediante el acercamiento al estímulo que le afecta. Por supuesto, no va a tocar una serpiente, empezaremos con que pueda verlas sin que le genere temor, ¿le parece?”, dijo, afable, el psicólogo.

—Muy bien, usted es el experto, yo estoy a sus órdenes —respondió la señora, con una sonrisa.

—Bien, le pediré que cierre sus ojos, que respire profundamente y se relaje ahí donde se encuentra sentada —dijo el psicólogo.

Al observar que la señora siguió de modo correcto la instrucción, prosiguió “Ahora imagine una serpiente muy pequeña, colorida, está retirada de usted, no puede dañarla, visualícela en su mente”.

—No puedo, es decir, no puedo siquiera cerrar los ojos, psicólogo, quizá crea que estoy loca, pero desde que entré no he dejado de pensar que en ese trapeador que está a su costado hay una serpiente escondida —dijo la señora, temblando.

—Ese trapeador debió haberlo olvidado la conserje de la tarde, no se preocupe, estamos en un hospital, es imposible que entren serpientes aquí, lo que usted tiene es un miedo irracional que la hace ver cosas donde no las hay —dijo, con sosiego, el psicólogo.

—Bueno, es posible, pero, para tranquilizarme, ¿podría sacudirlo?

—Claro, pero lo haremos juntos, y verá cómo no hay nada. Usted tomará un extremo y yo el otro —manifestó el psicólogo.

Así lo hicieron. Para su sorpresa, no había una serpiente, sino un pequeño nido de corales rojos, entrelazados, reptando uno sobre otro acompasadamente, y, al sentir invadido su espacio tras remover el trapeador, las pequeñas serpientes se dispersaron por todo el consultorio.

Pronto, aquel miedo “irracional” de la señora se tornó real, y el terror se apoderó de su ser, pues desde aquel evento traumático, jamás había vuelto a tener contacto con otra serpiente en ningún otro lugar más que en sus fantasías.

El psicólogo, estupefacto por el suceso, no pudo más que salir de inmediato con su horrorizada paciente a un lugar seguro.

En cuestión de treinta minutos, el área de psicología y los consultorios cercanos habían sido completamente evacuados.

Ni las autoridades del hospital ni el personal de limpieza pudieron determinar cómo habían llegado esas serpientes a anidarse en aquel lugar.

El psicólogo continuó con su práctica profesional, tratando de olvidar aquel desastroso acontecimiento, aunque en forma permanente debía disimular que aún se sentía perturbado sobre los recovecos de su consultorio.

Aquella fue la última vez que la señora Leticia trató de buscar ayuda para superar sus miedos. Ahora no solo temía a las serpientes, sino que había desarrollado una nueva fobia: a los psicólogos.

EL SANADOR INSANO

¿Qué locura o qué desatino me lleva a contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías?

Miguel De Cervantes Saavedra

Para la Psicología, los rituales y pensamientos obsesivos frecuentemente se producen con un propósito y un enfoque basados en la edad. A través de ellos, solemos aprender nuestras primeras nociones del orden, limpieza y socialización; claro está, si es que una de estas no se vuelve tan significativa que no nos podemos desprender de ella, al grado de llegar a coartar nuestra propia libertad.

Alfonso Hernández Cruz, “Poncho”, como lo llamaban de cariño en su familia, había aprendido esto y más sobre el trastorno obsesivo compulsivo, una etiqueta impuesta por varios especialistas en salud mental, con la que empezó a vivir a partir de los veinte años, cuando notó que en su conducta había algo diferente a la de un chico promedio de su edad. Todas las mañanas, Poncho llevaba a cabo un ritual que marcaría su día, si es que todo salía bien, aunque, si algo desviaba el ritual, seguro que habría problemas. Al despertar, tomaba un baño y, al terminar, se miraba en el espejo frente al lavabo, en el que solo podía reflejarse su cara y su torso; luego palpaba y nombraba cada parte de su rostro: “Este es mi cabello, estos son mis ojos, esta es mi boca...” y así sucesivamente, hasta terminar mencionando hasta el más pequeño lunar que vislumbraban sus ojos. El ritual finalizaba cuando, al vestirse, se cercioraba de que toda su ropa estuviera correctamente colocada. Para ello, había establecido que la colocación de cada prenda tenía su propio número de pasos: para su camisa, contaba en voz alta hasta el siete, equivalente a los siete botones de este atavío, los que nunca debía poner de forma incorrecta; para el pantalón, eran dos pasos, para el cinturón tres y, para los zapatos, cuatro movimientos en cada nudo. Cualquier interrupción era motivo para empezar de nuevo todo el ritual, y, como una manera de evitarlo, una vez que ponía un pie fuera de la cama, salía de inmediato a su puerta y colocaba un cartel fosforescente escrito en letras mayúsculas que indicaba: “NO ESTOY, NI INTENTE TOCAR. VOLVERÉ EN DOS HORAS”. Luego se disponía a desconectar cualquier artefacto de su casa que pudiera ocasionar ruido, comenzando por los teléfonos y un reloj digital que tenía en la sala. Entonces, y solo entonces, después de haber realizado al detalle el ritual antes mencionado, podía salir de su casa.

Alfonso había consultado a diversos especialistas en busca de un cambio y de entendimiento de su extraña conducta, y en ninguno encontró tanto apoyo como en José Luis Miller, un psicoanalista de edad madura, de quien recibía terapia

desde hacía más de cinco años, sin ningún cambio significativo. A pesar de esto, el paciente asumía una persistencia y puntualidad solo atribuible al establecimiento de una buena transferencia.

Cierto día, estando en la consulta, Alfonso contó a su analista un sueño que lo había dejado totalmente perplejo, y el cual no lograba entender: “Anoche soñé que era un niño, y la sombra de un hombre alto y robusto me jalaba del brazo con fuerza, luego me colocaba frente a un enorme espejo y me gritaba: ‘Tú no eres nada ni nadie’. Entonces, desaparecía la sombra y me quedaba solo frente al espejo, más no podía reflejarme en él”.

El psicoanalista hizo un ademán pensativo: “¿Podría usted hablarme de cómo fue la relación con su padre en la infancia?”, cuestionó, con su soporífero tono de voz.

Alfonso respondió al instante con una mueca y trató de recordar: “Ya le he dicho antes que esa pregunta me incomoda, en realidad no tengo muchos recuerdos sobre mi padre, yo era muy pequeño cuando nos abandonó a mi madre, a mis hermanos y a mí, no hay nada de él que venga a mi mente, supongo que no tuvimos tiempo suficiente para convivir”, respondió con apatía el paciente.

—¿Y por qué se fue?, ¿te ha dicho tu madre? —replicó el analista.

—No lo sé; antes de su fallecimiento, mamá siempre trató de ocultarme la razón que tuvo para marcharse —dijo Alfonso, mientras pretendía rascarse la cabeza, tratando de evadir la contumacia del experto.

—Vamos Alfonso, es importante que recuerdes algún evento bueno o malo al lado de tu padre, esto podría ayudarte, después de tantos años de buscar una respuesta a tu conducta; hazlo por ti, se trata de tu terapia, tu camino personal hacia el cambio —expresó el psicoanalista, alzando la voz en un tono enérgico.

Alfonso cerró los ojos, los oprimió un instante, luego los destensó lentamente y así se mantuvo por varios minutos, hasta que decidió romper el silencio, aún con los ojos cerrados.

—Estoy en mi cuarto, visto una pequeña playera estampada, juego con mi pelota. Ahora escucho un ruido en la recámara de junto, me asomo, sosteniendo mi pelota, la puerta está abierta y ahí se encuentran mis padres discutiendo. Mi madre llora y me pide que me retire, ¡mi papá la golpea tanto que la deja inconsciente sobre la cama...! “¡Detente!”, digo, pero no escucha. Después se dirige hacia mí, me toma del brazo y me conduce hacia un enorme espejo, frente al cual mamá solía arreglarse todas las mañanas. Me dice, en tono amenazador, “Mírate bien, ¿acaso te pareces a mí?, siempre lo sospeché, mírate bien, no eres nadie, no eres nada. ¿Acaso luces como yo? No, porque no eres mi hijo, no eres

nadie”. Dicho esto, Alfonso cesó de hablar, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a llorar: “No puedo más, no, no, no soy nadie”.

El psicoanalista se restringió a realizar un acto cualquiera, hasta que vio disminuida su aflicción.

—Dígame, Alfonso, ¿a quién buscas, entonces, todas las mañanas, cuando te miras al espejo? —expresó el analista.

El paciente tornó su semblante de congoja al de asombro: “¡Eso es!”, dijo, con efusividad.

—¿Acaso dudas de tu propia existencia? ¿Cómo te demuestras a ti mismo que existes realmente? ¿Cómo sabes que eres tú? —enfaticó el psicoanalista.

Esas preguntas fueron para el paciente lo análogo a la iluminación budista, un insight, hacer click... qué más daba nombrarlo de modo alguno, si había generado un cambio. Ni cinco años de terapia, ni tres de medicarse con Paroxetina le habían revelado a Alfonso lo que una noche descubrió a través de un sueño.

La sesión se dio por terminada, Alfonso se despidió de José Luis de la forma habitual, pero ambos intuían que sería la última vez que se verían, al menos, como terapeuta y paciente.

Al anoecer, cuando el psicoanalista hubo terminado todas sus consultas, se retiró a casa, y al llegar, dio lugar a una peculiar rutina que hacía años venía efectuando: estacionó su coche frente a la acera de su domicilio, aplaudió dos veces al bajar, dio dos pasos a la derecha, dos a la izquierda, caminó con cautela sólo sobre los mosaicos rojos de su terraza, hasta quedar justo frente a la puerta, donde, con sus dos manos colocó la llave, giró la perilla y finalmente entró a su solitario hogar.

UNA TARDE CON LA TERAPEUTA FAMILIAR

En las grandes crisis, el corazón se rompe o se curte.

Honoré de Balzac

Desde niña, Johana siempre se había interesado por las dinámicas familiares y la forma en que las personas convivían sanamente en un hogar. De los seis a los doce años, jugó el papel de intermediaria en las discordias de su propia casa y, en más de una ocasión, logró reconciliar a sus padres y hermanos entre sí, cuando la estabilidad familiar amenazaba con romperse por lo que, para ella, no eran más que insignificancias de la vida cotidiana. De los trece a los dieciocho era la que daba mejores consejos de amor a sus amigos, y pronto se ganó la fama de consultora en asuntos afectivos, cual mujer adulta, aunque en aspecto era una chica joven, regordeta y charlatana.

Su vocación estaba definida, así que se inclinó hacia la Psicología y, como añadidura a su ciencia, estudió un postgrado en psicoterapia familiar y de pareja con enfoque sistémico.

Johi, como le decían sus amigos, era ahora la psicóloga Johana, y había establecido, incluso, su propio hogar. A los treinta años se consideraba toda una mujer autorrealizada.

Pero no todo fue color de rosa en su vida; súbita, la tragedia tocó a su puerta, y de aquella desgracia juró nunca hablar a nadie. A pesar de todos los altibajos de su vida, la psicóloga continuó ejerciendo su profesión sin alteraciones emocionales aparentes.

Cierta tarde, acudió a su consultorio particular una mujer madura, graciosamente vestida y maquillada, en cuyo rostro se podía leer la insatisfacción y la desdicha. Acudía a consulta por recomendación de unos amigos del trabajo, al parecer, era de la mejor terapeuta del estado, y los cuantiosos y variados diplomas colocados en la pared de su estudio parecían confirmarlo.

Inmediatamente después de llenar su ficha de identificación, la psicóloga procedió amablemente a hacer la pregunta de inicio:

—¿Y qué le trae a consulta?

La paciente colocó su bolso dorado sobre el escritorio y tomó una posición más relajada para hablar: “Verá, psicóloga, yo soy casada desde hace tres años, vivo con mi esposo y una niña de un dos años. En apariencia, todo está en orden en nuestro matrimonio, excepto una cosa, mi pareja pasa más tiempo con su madre que conmigo. Desde que nos casamos, mi hija y yo hemos vivido prácticamente

en el abandono por parte de él, privadas de atención, cariño y apoyo económico. Incluso me he visto en la necesidad de trabajar horas extras para solventar mis propios gastos y los de mi hija, porque de él no percibimos ni un centavo durante varias quincenas; y, sin embargo, no me atrevo a dejarlo porque tengo la esperanza de que recapacite y nuestro matrimonio se salve. Yo entiendo que quiera a su madre, pero no estoy de acuerdo con que, por estar tanto tiempo con ella, se olvide de nosotras. Es por eso que estoy aquí, psicóloga, tal vez usted pueda orientarme.

La psicóloga se puso de pie, como meditabunda, y su semblante cambió improvisadamente, como si las palabras de la paciente hubiesen hecho mella en sus propias emociones. Entonces expresó con arrebató: “El problema es claro, señora”. Y su gesto se tornó colérico en forma brusca, luego golpeó su escritorio con las dos palmas y continuó su acalorado sermón: “El problema es usted, no él. El problema, señora, es que usted es una egoísta. ¿Acaso no puede entender lo que es el amor de madre? ¿No sabe usted lo importante que es para una madre pasar tiempo con su hijo? Hace años, yo perdí al mío en un terrible accidente, y no sabe lo que yo daría por tenerlo de nuevo a mi lado y recuperar todo ese tiempo que no compartí con él”. Transfigurada ya en una energúmena, la psicóloga señaló a la paciente con el dedo índice de su mano derecha y agregó las siguientes palabras: “Insisto, es usted una egoísta, jegoísta!, la peor de todas”. Dicho esto, estalló en copioso llanto sin poderse controlar, y se postró sobre su escritorio, lanzando cuanto había sobre él. En instantes, todo se hallaba desordenado dentro del lugar, papeles, libros y lápices volaban hacia todas partes en lo que, minutos antes, había sido un recinto de paz.

La paciente, aterrada, no tuvo más opción que armarse de valor para huir de aquel desquiciado panorama. Mientras la psicóloga continuaba en su crisis nerviosa, la audaz mujer tomó su bolso, que yacía sobre el suelo y, lentamente, procurando no hacer ni el más mínimo ruido, se puso de pie, caminó hacia la puerta y, con la misma precaución, giró la perilla; halló de ese modo la justa libertad del espeluznante caos. Al verse a salvo, se dirigió de prisa hacia la acera, recordando lo que acababa de presenciar y, con el escaso aliento que se aferraba a su pecho, murmuró con alivio: “¡Loca!”.

LOS PSICOANALISTAS Y EL AMOR

El amor es dar lo que no se tiene.

Jacques Lacan

En un departamento situado en las entrañas de la urbe, se hallaban dos amantes no enamorados, psicoanalistas de profesión, un hombre y una mujer. Ambos charlaban sobre diversas cuestiones triviales acontecidas en su quehacer cotidiano.

El nexos entre ellos había surgido en sus años escolares. La primera vez que se habían visto en el patio de la escuela, ambos experimentaron algo que no supieron si definir como déjà vu o la inconfundible sensación de reflejarse en un espejo. En su apariencia física, no tenían nada en común, él era un año mayor y también más alto; ella, por su lado, era de rasgos femeninos muy suaves y delicados, de constitución pequeña y delgada. Pero había algo en sus personalidades que, sin saberlo, compartían mucho antes de conocerse. Desde su ingreso a la escuela primaria, él parecía parte del mobiliario, se sentaba en su pupitre y dejaba ahí su larga figura hasta que sonaba el timbre del recreo, y, en el patio, se paraba siempre en el mismo lugar. Ella, a su vez, solía contestar con monosílabos a casi todo, era experta en la economía de frases, no era agradable ni desagradable, oscilaba entre la hipersensibilidad y la anestesia afectiva. Cuando niños, siempre defendieron la idea de que la felicidad consistía en cosas tan básicas como comer, dormir y tener un techo donde vivir. Solían bromear sobre lo que serían de adultos; él aspiraba al quehacer anónimo de un velador en alguna parte, mientras que ella podía visualizarse sin problemas como guardia de seguridad en una panadería. Al final eligieron el psicoanálisis para descubrir las enigmáticas motivaciones que llevan al ser humano a desear y sufrir por necesidades inventadas.

El paso del tiempo los había transfigurado de acuerdo a los estereotipos propios de la profesión. En esa ocasión, ella llevaba un largo vestido blanco de algodón, acompañado de una chalina negra, ancha, y enseñaba los hombros de manera que, hacia el dobléz, quedaba un poco descubierto y anudado adelante; como complemento a su grácil figura, adornaba su cuello con accesorios de plata, maquillaje moderado y el cabello suelto, pero peinado. La indumentaria de él emulaba la misma formalidad, pero con más simpleza. Vestía una camisa de mangas largas color azul tenue y un pantalón negro, ambos impecablemente planchados, y, a su costado, yacía su inseparable maletín negro de piel, el cual portaba siempre, sin excepción, sobre su hombro derecho. Como elemento adicional a su apariencia, lucía una barba abundante y bien afeitada.

Media hora discurrió entre asuntos laborales, el tráfico, los gastos, la política, esos asuntos estresantes de la existencia de los que nunca pudieron huir con éxito. Hubo un momento en que sus miradas simulaban no tener nada más que decir, por lo que, en la escena decorada por cuatro tazas de café vacías y dos humeantes colillas de cigarro, reinó el silencio. Fue entonces cuando la dama se atrevió a hablar de algo que, hasta entonces, habían procurado jamás mencionar en sus intelectuales coloquios: el amor.

—¿Alguna vez te has preguntado lo que es el amor, más allá del psicoanálisis? El mundo parece vivir y morir de amor, todos hablan de él, y, como tantas cosas aplicadas a la vida, cada quien lo interpreta a su manera. Más allá de lo que hemos aprendido a través de los incontables seminarios y libros de psicoanálisis, no he encontrado una definición que me convenza del todo. Mi concepto más reciente es “palabra que genera cuantiosas ganancias económicas a la industria musical, televisiva y de tarjetas postales”, ¿qué te parece? —dijo la analista con una sonrisa dibujada en sus labios. Luego se retiró de sus hombros la chalina que parecía empezar a provocar calor, dejando al descubierto el sensual escote de su largo vestido.

Él la miró con suma seriedad y súbitamente le respondió con una mueca que pretendía ser sonrisa: “De hecho, el ‘amor’ le genera ganancias económicas a casi todo lo que sea vendible. Pero en verdad es un ingenioso concepto, además de que, por un instante, has estado a punto de hacerme reír. Y sobre tu pregunta, te diré que yo prefiero quedarme con lo que dicen los libros. Defiendo la idea de que aquello que solemos llamar amor no es más que una conducta narcisista; es decir, que las personas solo aman lo que han sido, lo que son y lo que ambicionan ser. No olvides lo que el sabio Freud expresaba al respecto, pasión solo hay una: yo mismo”, respondió el caballero con un aire de arrogancia y se quitó sus mocasines negros con discreción por debajo de la mesa.

—Lo cual implica que lo primero que se le ocurre al pequeño humano al sentirse desamparado es la relación con el otro, ya que, por sí sola, la libido no podría satisfacerse y elige como primeros objetos a aquellas figuras que en ella intervienen. Eso también lo sé”, y, sin levantar sospechas frente a su anfitrión, lentamente se zafó las zapatillas, y disfrutó con sus pies la finura de la alfombra.

—Y, desde entonces, la demanda amorosa será una tendencia a pedirle al otro que sea más de lo que es, por lo que siempre habrá discordancia entre el objeto amado y el encontrado —objetó el analista.

—Pero más allá de la razón, ¿te has preguntado cómo se sentirá enamorarse? Ya sabes, planear el primer encuentro pasional, con chocolates y pétalos de rosa sobre sábanas blancas..., a veces desearía deshacerme de todos estos pensamientos y entregarme a esas sensaciones románticas, aparentemente perfectas y efímeras —expresó deseosa, su compañera.

El analista cogió una de las tazas de la mesa y la llenó del café, que ya estaba frío tras haberlo olvidado entre sus diálogos; entonces, continuó: “¿Enamorarme, yo?, no lo creo. Si alguna vez sentí algo así, fue el día en que te vi por primera vez, espero no lo malinterpretas”, dijo el psicoanalista; luego, desabotonó su camisa, la retiró y la colocó detrás de su silla.

Ella respondió al cumplido con un rubor en sus mejillas que le fue imposible disimular.

El analista prosiguió: “Aunque no entiendo, en verdad, tu afán por sentir algo así; sin embargo, reconozco que describir el enamoramiento como algo perfecto y efímero es acertado. El enamorado elige a su objeto amoroso, como también sabemos, de manera narcisista. Los defectos no pueden verse, no hay una sola posibilidad, en ese estado ‘mágico’, de ver la castración: el otro es completo. Y lo peor de todo es que, en cualquier momento, llegará el desencanto. Deberías sentirte contenta de no abrigar algo así”.

Y, en tono notablemente sarcástico, la dama replicó: “Por supuesto, qué tonta soy, por Dios, olvidaba que en la ceguera amorosa se sobreestima al objeto y se teme, como consecuencia, el empobrecimiento del yo. Luego viene la decepción, la separación”, dicho esto, sin cambiar el semblante inconforme de su rostro, se puso de pie para quitarse el vestido y puso a la vista las torneadas formas de su cuerpo, aún protegido por dos prendas de encaje. Después se dirigió hacia su escéptico amante, le acarició el rostro y agregó: “Quizá tengas razón, tal vez el psicoanálisis tenga razón. Pero el amor está también relacionado con la pérdida, si las cosas no se perdieran, si todo estuviera seguro, si no fuéramos entes fugaces y mutables, el amor no existiría, o no tendría sentido”.

El psicoanalista, semidesnudo, se puso de pie, dio un beso en la frente de su hermosa compañera y añadió: “No sé por qué aquí ni por qué ahora, pero concluyo que, si he de perder, prefiero no tener”.

Ella, a punto de abandonar aquel infructuoso debate, decidió hacer una última pregunta a su frío amante: “¿Y no has pensado quién nos cuidará cuando lleguen a nuestros aposentos la vejez y la enfermedad?”.

Con indiferencia, su interlocutor respondió: “La vida es demasiado complicada para pensar en esas nimiedades. Si morimos o enfermamos, donde sea, habrá alguien que se encargue de nosotros. Yo me conformaría con que echaran mi cuerpo a una poza y que la naturaleza hiciera el resto”.

Aquellas palabras impetuosamente exacerbaron el fuego que ardía en la bella psicoanalista, quien, con prisa, desprendió de su tersa figura las prendas faltantes y luego, así, las de su compañero. Éste la tomó con fuerza entre sus brazos y, mientras la cubría de besos, le oyó decir al compás de su jadeante respirar: “De tus espinas siempre tomaré la rosa”.

Y se entregaron a la pasión de sus cuerpos...

OJOS QUE NO VEN, ¿MANOS QUE NO SIENTEN?

No todos los que ven, han abierto los ojos.No todos los que miran, ven.

Baltasar Gracián

Las reuniones dominicales en casa del abuelo eran el evento favorito de la familia Estrada; semana a semana, hijos y nietos se congregaban en torno a la mesa colocada con elegancia en el patio y, luego de degustar alguna exquisita vianda, escuchaban atentamente las asombrosas, pero casi siempre verosímiles historias del viejo sabio. Bartimeo, que era el nombre de este proveyecto personaje, frisaba ya en los ochenta años y, sin embargo, conservaba incólumes todas sus capacidades físicas e intelectuales; sólo unas cuantas canas podían delatar su madurez, pero quien lo veía caminar, podría incluso dudar al emitir un juicio objetivo. Nunca faltaba quien le preguntara si Bartimeo era su nombre verdadero, pues al igual que un famoso personaje bíblico, él tampoco poseía el don de la vista; era así desde los seis años, cuando había sufrido un accidente que lo había privado, desde entonces, de la luz de sus ojos, por lo que el nombre de Bartimeo no era más que una irónica coincidencia y, a la vez, un legado de su propio abuelo. Sin conmoción alguna ante dicho impedimento, y obedeciendo a la ley natural de la compensación, Bartimeo llevaba una vida sin restricciones, como si la naturaleza se hubiese complacido en adornarlo con sus más admirables dones. Dominaba el lenguaje braille en todos sus niveles, de su guitarra hacía surgir bellas melodías y hasta esgrimía algunos complejos conceptos de mecánica. Hablar de sus otros sentidos estaría de más, estaban tan desarrollados e hipersensibles que era virtualmente imposible engañarlos; la jugarreta de “apagar” la televisión, bajándole todo el volumen, que le tendían sus hijos, cuando pequeños, jamás funcionó con el astuto Bartimeo. “Sé que sigue encendida, es hora de ir a la cama, mañana deben levantarse temprano”, decía a los pequeños, que irremediamente debían marcharse a dormir.

Invertido su tiempo en tantas aventuras y situaciones peculiares, Bartimeo tenía mucho que contar, ese era el motivo que los convocaba a todos aquella tarde veraniega. Terminado el almuerzo, se levantaron los platos, y cada quien tomó su lugar junto a los suyos; hijos, nietos, yernos y nueras se hallaban ordenadamente distribuidos alrededor de la mesa, el abuelo ocupaba el centro. De este modo, comenzó el relato:

—¿Será posible que un grupo de ciegos ignorantes puedan ser más ingeniosos que una sola persona de ciencia que atesora el pleno uso de sus facultades visuales? Con esta incógnita comienzo mi historia, que, debo aclarar, es tan real como cada uno de los reunidos en este sitio. Sucedió que, durante el penúltimo

año de mi estancia en el Centro de Atención para Ciegos y Débiles Visuales del Estado, llegó a nuestro grupo la invitación para asistir a terapia psicológica, que era una de las innovaciones que promovía la institución, por considerar que la ceguera podría constituir un factor para el desarrollo de algún trastorno emocional, sobre todo en aquellas personas que no estaban completamente adaptadas a vivir con esta discapacidad. Habían asignado la labor a una psicóloga, recién egresada, llamada Elvira, que, según se rumoraba, era la misma reencarnación de Helena de Troya, semejante en belleza; y que ostentaba una voz tan afable como la brisa más sutil del estío. Si alguna vez lamenté no poder ver, fue, quizá, en aquel momento. —Este comentario arrancó una carcajada de toda la familia—. Aunque luego habría de arrepentirme —continuó el anciano, moderando su euforia—. Por lo tanto, un grupo de cuatro amigos y yo manifestamos nuestro deseo de ir a conocerla el mismo día. Se hallaba al final del pasillo, a cuatro salones del nuestro, ¡y vaya desencanto!, si era tan hermosa como se divulgaba entre los docentes, su forma de ser le despojaba de todo mérito.

—¿Vienen a consulta? En este momento no puedo atenderles, tendrán que esperar, ¿que no ven que estoy comiendo? Perdón, pensé que eran unos pacientes externos que esperaba, no había notado que ustedes eran...

—Ciegos —agregué, fingiendo ignorar su despectivo descuido—. Sí, lo somos, y venimos a conocerle, y también a darle la bienvenida a nuestra escuela; mi nombre es Bartimeo, y mis compañeros son Alexis, Daniel, Oscar y Gerardo —dije, mientras cada uno hacía la señal que hacemos los invidentes para presentarnos.

—Bueno, mucho gusto, chicos, yo soy la psicóloga Elvira, y disculpen no haberles reconocido, pero como les decía, ahora no puedo atenderles, estoy comiendo. Así que les pediré que se retiren, gracias —dijo la descortés consejera.

—Fue un placer conocerla, psicóloga —exclamó Oscar, y, de la misma guisa, nos despedimos los demás. Pero antes de cerrar la puerta de su consultorio, me sobrevino preguntar por cortesía: “¿Se le ofrece algo que podamos hacer por usted?”, a lo que ella respondió: “A decir verdad, sí, en el escritorio frente a ti hay tres vasos con jugo de naranja, ¿podrías pasarme el color rojo?”

—¿Acaso intenta usted burlarse de nosotros? —dijo Gerardo con deje de molestia y confusión—. Sabe que mi compañero podría pasarle cualquiera de los vasos, pero no sabría cuál de ellos es el rojo.

—¿Será posible que ninguno de ustedes posea la habilidad para sentir los colores a través del tacto? —replicó la psicóloga.

—¿Se supone que deberíamos? —dijo, absorto, Alexis.

—Por supuesto que sí, muchachos, los colores se perciben a través de las manos, y ustedes que son invidentes deberían tener conocimiento de ello. Sigán su camino, era solo un experimento —dijo la sardónica especialista—; si lo desean, mañana puedo explicarles más sobre el tema —señaló.

El abuelo hizo un gesto de intermisión para acomodarse en su sillón, tomó una bocanada de aire y suspiró, como queriendo evocar con más fidelidad sus recuerdos; luego continuó con su relato.

—Como verán, la psicóloga Elvira era uno de esos seres petulantes que, por su posición y títulos académicos, andan por el mundo pregonando un supuesto saber, del que, en el fondo, ni siquiera se encuentran ellos mismos convencidos, ¿no hemos, acaso, conocido doctores, abogados, licenciados y otros tantos profesionistas de esta misma laya? Pero resulta que los que más saben, no siempre son los más listos.

Como la curiosidad por conocer aquel magnífico poder para sentir los colores a través del tacto era tan grande, mis compañeros y yo acudimos al tiempo y lugar indicados. La psicóloga ya aguardaba por nosotros, sabría Dios qué examen tendría en mente esta vez para este grupo de ciegos.

—¿Así que les interesó el asunto de los colores? Menos mal que llegaron a tiempo; con un minuto de retraso, se hubieran quedado con la duda por el resto de sus vidas, porque, créanme, este conocimiento no lo posee cualquiera, y yo soy tan bondadosa que deseo compartirlo con ustedes —dijo, con aspereza, la psicóloga.

Seguro estoy que, con tales palabras y modos, todos teníamos algo ominoso que pensar sobre ella; en segundos, logré imaginarme que la hacía caminar en la plancha de un barco pirata, a punta de espada hacia aguas infestadas de tiburones, eso me relajaba. En fin, que, finalizados sus encomios a sí misma, nos colocó de pie frente a una mesa llena de objetos de plástico, eran juguetes y algunas figuras geométricas, según pudimos palpar. Yo me encontraba en la esquina de la mesa y, a mi lado, estaba Gerardo, Oscar y Alexis, en ese orden. Su indicación inicial fue tocar todos los objetos y tratar de percibir más que su forma, la sensación que produjera cada uno de ellos en nuestras manos, y precisó que lo hiciéramos sin prisa.

Transcurrieron alrededor de quince minutos, y todos habíamos logrado identificar la forma de los objetos, ¿pero su color? ¿Sensaciones?, nada de eso.

—Disculpe, psicóloga —dijo Oscar—, pero yo no siento nada inusual, son formas diversas, al parecer de plástico —. Todos coincidimos en lo mismo.

—¿Alguien sí pudo sentir el color del objeto que tocó?, ¿nadie?

—No —Fue la respuesta coral del grupo.

—Está bien, les explicaré: los colores, mis queridos educandos, emiten sensaciones que son perceptibles al contacto con ellos, por ejemplo —y asíó un objeto de la mesa—, este cubo que tengo en mi mano es color azul, y, al sostenerlo, puedo percibir su frialdad. —Después cogió otro—. Y esta esfera roja, produce calor. También es posible sentir alegría con algunos otros, como el amarillo, y relajarnos en el caso del verde. —Dicho esto, posó los objetos en nuestras manos alternadamente y nos pidió que intentáramos de nuevo.

—¿Ahora sí pueden percibirlos? —preguntó la psicóloga, con ansias.

Alexis, Daniel y Oscar respondieron que no, y Gerardo, después de mucho sostenerlos, también terminó por renunciar a la empresa. Sólo quedaba yo, y justo cuando me disponía a seguir a mis compañeros, se me ocurrió una brillante idea.

—Sí —grité, sobreexcitado—, por supuesto, ¿cómo he podido prescindir de esta grandiosa capacidad?; claro, este pequeño cubo emite una especie de frialdad, y esta esfera una ligera, pero perceptible, sensación de calor. —Entonces solté los objetos y dije a mis acompañantes—: Vayamos a clase, estoy ansioso por contar a todos sobre esta nueva habilidad, apresúrense. —y salimos del lugar tan rápido como no lo permitieron nuestros pies y bastones, hasta hallarnos los más distante posible del consultorio. Finalmente, estando reunidos y lejos de la supuesta experta, mis compañeros rompieron el silencio por lo que me habían oído decir.

—¿En verdad pudiste sentir los colores? —dijo Alexis.

—¿Cómo lo lograste? —le siguió Daniel.

—¿Crees que podrías enseñarnos? —dijo Oscar.

—¿Qué tan frío es el azul? —cuestionó Gerardo.

Solo el respeto a la condición que todos compartíamos hizo contener mi risa, ya que, después de semejante despliegue de fantasía, seguían anonadados y atónitos.

—Cálmense todos, que yo sé tanto como ustedes, es decir, absolutamente nada. Fingí porque me pareció gracioso hacerle creer a la psicóloga que esa ridícula explicación podría ser cierta, pero ¿quién nos garantiza que no es todo un invento suyo? ¿O que puede percibir esas representaciones con los ojos cerrados? Si yo respondía que tampoco sentía nada, ella habría dado por terminada la charla, habría perdido interés en nosotros y jamás habríamos comprobado si dice la verdad sobre su supuesto poder sinestésico; en cambio, el “compartir” esta habilidad con ella, me otorga el derecho de pedirle otras demostraciones, y, para entonces, habrá alguien que sí pueda ver. Solo así sabremos si se trata de un engaño —dije, con aires de liderazgo.

—Me parece una idea muy ingeniosa, ¿pero cómo piensas lograr lo que te propones sin que sospeche que deseas probarla? —espetó Daniel.

—Algún ardid se me ocurrirá... —fue lo único que pude decir en ese momento.

Pasaron dos semanas sin que estratagema alguna rondara mi mente, hasta que, un día de tantos, se presentó ante mí el camino para esclarecer la verdad. Mientras realizaba una de mis habituales visitas a la biblioteca, oí decir a la encargada algo que llamó, por demás, mi atención: “Este es el color más horrible que haya visto en mi vida; comprendo que no tengan recursos para comprar pintura de calidad, pero al menos deberían hacer un esfuerzo por elegir un tono menos ofensivo a la vista, ¡gracias a Dios que esto es un centro para ciegos! —decía la dulce mujer a un profesor, mientras ambos escudriñaban algún texto entre las estanterías; este, a su vez, respaldaba su opinión argumentando que jamás había observado un verde tan repulsivo.

Tan pronto reconocí que el profesor se había marchado, me aproximé a la bibliotecaria y, disculpándome de antemano por oír su conversación, le pregunté cuándo habían pintado la biblioteca, y si todo el edificio se hallaba en el mismo estado, a lo que respondió que, para fortuna de todos, menos de sí misma, solo la biblioteca se encontraba en tales condiciones, y que la habían decorado así durante el fin de semana. “¿Y ha venido por aquí hoy la psicóloga?”, agregué. “No, ¡y que todos los santos eviten su presencia en este santuario del conocimiento! Una sola vez hemos cruzado palabra, y, por todos los cielos, que jamás conocí a mujer tan inculta”, repuso con firmeza.

No les aburriré con el resto de lo que propugnó la bibliotecaria, sólo diré que, de ahí, surgió un plan que pondría a prueba las fanfarrias de la psicóloga en cuestión.

Tal como lo había trazado en mi imaginación, a las 8:30 a. m. del siguiente día, que era la hora de entrada de la protagonista de mi proyecto, me situé sin falta en la entrada de la escuela, acompañado de mis cuatro leales cómplices, cuyos nombres he mencionado con antelación. Pedí amablemente al portero que me informara tan pronto lograra divisar la llegada de la psicóloga, le solicité, de igual modo, que guardara un pañuelo en su bolsillo, sin explicarle cuál sería su función ulterior. “¿Qué estarás tramando, Bartimeo?”, decía el gentil hombre, como si vislumbrara mis intenciones. A mis compañeros les di claras instrucciones de que, en cuanto oyeran venir a la psicóloga, se dividieran y convocaran a todo el personal docente de la institución en la biblioteca, para ser testigos de un espectáculo sin precedentes que sería llevado a cabo por nuestra experta en conducta, con la única petición de que, una vez allí, guardaran absoluto silencio, pues se trataba de una demostración sobre percibir los colores a través del tacto, lo cual requería de mucha concentración. Veinte minutos se habían esfumado del reloj, cuando el portero logró distinguir a la psicóloga Elvira: “Ahí viene”, exclamó. No hizo falta indicar a los muchachos lo que

debían hacer, y, al instante, oí sus pasos desvanecerse ruidosamente, al igual que sus bastones.

—Buenos días —dijo la psicóloga, con diligencia.

—Buenos días, psicóloga —fue también nuestra respuesta, mas apresuré mi voz y le pregunté si podría regalarme unos minutos de su tiempo.

—Creo que sí, tengo diez minutos con exactitud, ¿en qué puedo ayudarte, Bartimeo? —contestó.

—He estado pensando en lo grandiosa que es esa habilidad suya de conocer los colores a través de sus manos y, como yo he estado practicando un poco, quisiera que me acompañara a la biblioteca, escuché que está recién pintada, mas desconozco el color, por lo que me pareció una buena idea el ir juntos y descubrirlo con nuestras propias manos. Además, hoy se encuentra vacía, pues la pobre bibliotecaria está enferma —musité en el tono más crédulo.

—Siendo así, no perdamos un segundo más —expresó, confiada.

—Pero antes de partir, ¿tendría algún inconveniente en colocarse un pañuelo sobre sus ojos? Sería un honor enseñarle este arte que conocemos los ciegos de caminar en tinieblas sin tropezar, sea de día o de noche. Confiando en su enorme capacidad de aprendizaje, unos pasos bastarán para que lo sepa todo —enuncié, como todo un taimado.

—No tengo inconveniente, pero apresúrate, que de los diez minutos que disponía, quedan ocho —replicó.

El portero comprendió su papel en el asunto, mostró el extenso pañuelo de franela y cubrió la vista de nuestra especialista; entonces, marchamos sin más dilación hacia la biblioteca. Del corto recorrido solo diré que mi acompañante tropezó tantas veces que, a la mitad, ya se mostraba arrepentida: “¿Ya llegamos?”, preguntó, en más de una ocasión.

—Ya llegamos —dije, para su alivio. El murmullo de todos los curiosos ya se hacía presente en el lugar, aunque era casi imperceptible, yo podía sentir las miradas de todos los ahí reunidos, expectantes, ansiosos, confundidos, algo difícil de explicar.

—Bien Bartimeo, ya estamos aquí, ahora déjate de ambages y dirige mis manos hacia el color que deseas que descubra —dijo jactanciosa, como si augurara que la soledad no era la única en medio de ellos dos. De modo que dirigí sus manos, que eran realmente suaves y refinadas, hacia la pared situada cerca de los cubículos de estudio, la cual, a mi tacto, resultaba fría y lisa—. ¿Qué color es? —pregunté, sin más.

—Aún no puedo percibirlo con claridad, pero se produce una sensación de positiva melancolía, aquella que actúa sobre el corazón, disminuye la angustia y promueve la creatividad. —Dicho esto, hizo una pausa—. ¡Lo tengo!, es un delicado púrpura, sin duda, púrpura como las vestiduras de un rey —dijo, sobrecogiéndose de emoción. Al instante, una masiva carcajada se oyó estrepitosamente en toda la sala. La psicóloga desprendió con urgencia el velo de sus ojos para descubrir que el salón se encontraba repleto de personas haciendo burla de su fallida actuación.

—¿De qué se trata todo esto, Bartimeo? —expresó frenética—. ¿Y ustedes, de qué se ríen? —dijo a la multitud, mientras contemplaba la horrible tonalidad que acababa de confundir con el color de la realeza. Inmediatamente, salió corriendo como una exhalación, profiriendo imprecaciones a diestra y siniestra, y siguió el mismo camino por donde había llegado. Días después, nos enteramos de que había solicitado su cambio a otra institución y jamás volvimos a saber de ella.

—Hoy sé que la habilidad que la psicóloga decía esgrimir lleva el nombre de “sinestesia de color-grafema”, y que dichas sensaciones sólo se producen en una de cada dos mil personas en el mundo. No hace falta recalcar que lo de ella era sólo producto de una gran imaginación.

Y así termina esta historia, que entre otras cosas, nos enseña que da igual ser engañado y ciego, que ser engañado y poder ver —dijo el abuelo, a lo que sucedió la ovación de todos los oyentes.

La tarde culminó tranquila y sin novedad en la casa de los Estrada; una vez más, todos esperan con anhelo la llegada del próximo fin de semana.

LA TRAMPA

No siento el menor deseo de jugar en un mundo, en el que todos hacen trampa.

François Mauriac

“Sólo la gente conflictiva busca la paz”, eran las palabras plasmadas en el techo de la habitación del señor Suárez, quien había hecho de ellas un mantra matinal que le recordaba que, si en alguien moraban las soluciones a todos sus problemas, era en sí mismo; no obstante, después de tres matrimonios arruinados, la continua renuncia a todas sus empresas, y el subsecuente desarrollo de una cardiopatía, aún no lograba comprenderlo. Pese a estos menoscabos, había conseguido hacerse de algunos bienes materiales, entre ellos, una hermosa casa de campo y un par de ostentosos automóviles de los que nunca hacía uso por temor a su deterioro; de la vida ideal que, cuando joven, había soñado solo permanecían aquellas suntuosas fruslerías.

Después de su última crisis de ansiedad por los evidentes desórdenes en su abrumada existencia, decidió buscar ayuda profesional; visitó médicos, comenzó a leer libros de autoayuda, se apuntó a yoga, y otras modalidades alternativas a los deportes convencionales, sin resultado. Como última opción, pasó por el consultorio de un psicólogo donde creyó haber encontrado el ansiado sosiego.

En la primera entrevista, el psicólogo, que respondía al nombre de Dylan Harris, dio a su paciente las indicaciones iniciales referentes a los costos, duración y frecuencia de las sesiones. Estableció, de igual modo, que las inasistencias sin previo aviso serían cobradas, y quedaron, de esta guisa, cubiertos los aspectos más importantes del encuadre terapéutico. Para cerrar, el paciente habló superficialmente de sus expectativas.

La segunda sesión giró en torno a su extrema preocupación por la vida y su temor a la muerte.

—¿Y qué más le preocupa, señor Suárez? —inquirió el especialista, empleando su perspicaz lenguaje corporal.

—Me preocupa mi futuro, quedar desempleado y que nadie vuelva a contratarme por mis oscuros antecedentes. Me preocupa y me estresan las noticias, el narcotráfico, la idea de que algún día algún maleante entre a mi casa, me acribille, y se lleve lo poco que poseo. Es posible que le parezca una tremenda bobería, pero éste pensamiento no me permite dormir por las noches. Pero es que, dígame, ¿cómo es posible ser feliz en un país en el que todos hemos crecido oyendo malas noticias? —dijo, angustiado, el doliente. Y con el mismo nivel de intranquilidad, siguió enunciando temores y preocupaciones que, en perspectiva,

parecían irracionales e improbables. Cada uno formulado en risibles extremos, como la idea de tener tan mala suerte que, de un momento otro, podría morir partido por un arcoíris. Cuando su mente advirtió fatiga, cesaron sus quejas. El psicólogo miró su reloj, notando que habían transcurrido más de cuarenta minutos sin que hubiese tenido la oportunidad de intervenir, o mejor dicho, lo hubiese deseado.

—Estamos a punto de finalizar la sesión de hoy, por lo que solo le pediré que reflexione sobre las siguientes preguntas, que me surgen tras haberlo escuchado: ¿conoce a alguien que se haya librado de la muerte?, ¿qué probabilidades realistas existen de que todo lo que le preocupa, en verdad, suceda?, y, por último, ¿habrá alguna diferencia entre el deterioro de sus cosas por el uso y el deterioro por el tiempo?, piense en la que usted ha elegido para con sus pertenencias. Posteriormente, pidió a su paciente firmar un documento en el que, según explicó, ambas partes se comprometían a llevar de modo formal la terapia, que taxativamente llamó “contrato terapéutico”. El señor Suárez, sin molestarse en leer ni una letra de su contenido lo signó, y, pactado el acuerdo, ambos se despidieron.

El paciente salió del consultorio muy reconfortado, manifestando, a favor de los psicólogos, que las palabras, al igual que las preguntas asertivas, pueden construir o destruir la vida de las personas. ¿Quién iba a pensar que una consulta bastaría para apaciguar todas las aprensiones de esta alma atormentada?

Después de tantos años sin recostar su cuerpo plácidamente sobre su cama, el señor Suárez logró concebir el sueño: “Ciertamente, todo es producto de mi mente, es imposible que esas cosas me sucedan, de cuántos valiosos acontecimientos me he perdido a causa de estas preocupaciones sin sentido”, cavilaba, recostado en su lecho, y pronto se quedó profundamente dormido.

Dos horas transcurrieron, hasta que algo perturbó de repente el apacible descanso del señor Suárez, quien se incorporó con estrépito, turbado y sudoroso.

—¿Y si no soy capaz de continuar con la terapia?, yo me conozco y sé que mi fuerza de voluntad es por demás débil, no podré asistir a la siguiente cita. ¿Y si me despidieran nuevamente?, seguro que necesitaré más terapia, ¿y de dónde sacaré el dinero? Tampoco sé si tendré para cubrir el resto de las sesiones y ya he firmado ese documento de compromiso. Para ser honesto ya no deseo asistir, todo fue una trampa de ese artero psicólogo para robarme lo poco que me queda. ¡Otra vez está sucediendo, esos pensamientos torturándome de nuevo!, ¿no estaré exagerando?, quizá ese hombre solo desee mi bienestar, aunque, pensándolo bien, pagar por ser escuchado una hora me parece un negocio tan truculento e ilusorio como pagar a una prostituta por una hora de sexo, es decir, ¿quién da dinero a cambio de algo que debería obtener sin ningún costo? —Pronunciadas estas palabras, sintió que un enorme dolor emanaba de su pecho, como si mil

agujas le atravesaran su dañado corazón; empero, dicho malestar no interrumpió su perorata—. Estoy enloqueciendo, sí, enloqueciendo, porque solo los locos hablan solos —agregó, con tremendo esfuerzo. —Al instante, dejó caer abruptamente su cuerpo sobre la cama y contempló aquella frase que seguía pincelada sobre el techo, “solo la gente conflictiva busca la paz”. Y meditó por unos instantes; luego, con dificultad, se puso de pie. Sus facciones se habían tornado coléricas y simultáneamente retraídas, cual desalmado ejecutor. A continuación, se condujo hacia el cajón del buró contiguo a su camastro, de allí tomó un revolver que mantenía siempre cargado, el mismo que, en años anteriores, le había costado su primer matrimonio, tras herir a su esposa al confundirla con un ladrón, más al momento no reparó en ello. Finalmente salió de su casa, conduciendo a toda prisa directo al hogar del psicólogo Harris. Siendo la desconfianza su gran talón de Aquiles, el referido domicilio había sido averiguado por el señor Suárez tras una sigilosa persecución a su terapeuta en la segunda sesión sostenida.

Pisando furiosamente el acelerador, el señor Suárez pronto se halló frente a su destino. Al salir de su auto contempló brevemente la residencia de quien sería su víctima; ésta ostentaba una fastuosa fachada blanca, dos amplios pisos, y un pequeño, pero elegante, jardín, repleto de rosas blancas y rojas colocadas en orden vertical a lo largo del pasillo que conducía hacia la puerta principal.

—Debe ser muy feliz, profesarle amor a su bella esposa e hijos perfectos, es una verdadera lástima que esta noche deba cortar el hilo de sus días. Un buen psicólogo hubiera podido advertir que yo era una persona de carácter volátil y hasta podría resultar peligroso, incluso, para mí mismo —expresó entre dientes, el frenético visitante.

Concluido el soliloquio, asió su revólver y se dirigió hacia la puerta del inocente psicólogo, tocó con violencia, mas nadie respondió de inmediato. Despertó primero la esposa del anfitrión, quien, al contemplar desde la ventana de su habitación al hombre armado, dio sigiloso aviso a su cónyuge; éste le pidió que se calmara y se limitara a encerrarse en el cuarto de huéspedes con sus dos hijos. Argumentó que conocía a aquel sujeto y podría controlarlo, también le suplicó que, por ningún motivo, diera aviso a la policía. La obediente consorte siguió sin refutar las instrucciones de su protector.

Lentamente, el psicólogo bajó las escaleras, mientras oía sin cesar los golpes del desquiciado señor Juárez que aguardaba con impaciencia; hasta que descendió a abrir la puerta sin titubear y quedó, frente a frente, con su exasperado paciente.

—¡Señor Suárez, sabía que vendría a visitarme uno de estos días!, ¿qué se le ofrece?, ¿qué tal si se relaja, pasa y tomamos una taza de buen café?, pero claro, antes tendría que dejar de apuntarme con eso. Si hay algo en que pueda ayudarle

estoy a su disposición —dijo el sagaz experto, efusivo y sin temor notorio en su fisonomía.

La visible ausencia de miedo del asaltado irritó aún más al irascible señor Suárez, quien para aumentar la intensidad de la amenaza, colocó el revólver en la sien del inmutable psicólogo. “¿Aún no siente miedo?”, gritó, enloquecido.

—No —respondió la inalterable víctima.

El señor Juárez dejó entonces salir un disparo al aire para demostrar la seriedad de su advertencia. “Le daré cinco segundos para que corra por su vida. Uno... dos... tres...”.

El psicólogo comprendió entonces que escapar vivo de esa situación empezaba a convertirse en una posibilidad nula y su instinto de supervivencia, que segundos antes se hallaba adormecido, lo impulsó a correr tan rápido como pudo hacia la calle sin dirección alguna. Segundos después de haber emprendido su dramática huida, logró divisar la aproximación de su victimario que disparaba a sus espaldas, sin acertar un solo tiro. De pronto, como si el destino estuviera decidido a apagar la luz de su existencia, tropezó con una piedra en medio de la oscuridad y cayó de frente sobre el gélido pavimento, su fin había llegado.

Cuando el desequilibrado paciente lo tuvo cara a cara, vencido e inerme sobre el asfalto, apuntó certeramente a la frente de su presa, mas justo al instante en que precisaba jalar del gatillo, el señor Suárez cayó desplomado como un ovillo; un brusco ataque al corazón le arrebató la vida al instante y dio fin a la cacería humana.

Siendo un hombre tan poco apreciado por sus deudos, el cadáver del señor Juárez fue reclamado dos días después de su deceso, sin exigir razones ni motivos del fallecimiento.

El psicólogo Dylan Harris determinó mudarse a otra localidad, donde actualmente sigue ejerciendo profesionalmente la psicoterapia; aunque cada mes se le ve volver a la ciudad que lo vio nacer, a administrar la pequeña fortuna que su extinto paciente le había endosado. Después de todo, siempre supo que se trataba de un maniaco depresivo crónico, quien, por sus antecedentes médicos, tenía sus días contados, ¿y qué mejor artificio que disfrazar un contrato terapéutico para apoderarse de forma legal de sus pertenencias antes de una muerte súbita?

Para los que dudasen de lo fantasioso de esta historia, bastaría mencionar que, la noche del incidente, estando junto al cadáver del señor Juárez, un joven paramédico oyó decir al psicólogo con desahogo: “Siempre supe que este sujeto era una bomba de tiempo, aunque estaba casi seguro que optaría por el suicidio”.

En los oídos de Freud esto hubiese significado algo incriminatorio, pero en los de aquel inexperto muchacho, fue tan solo un mero chiste de loqueros. Fue así como el asunto quedó en el olvido y no tardó mucho en considerarse caso cerrado.

La vida está llena de tantas verdades ignoradas, y una de ellas es que, sin importar profesión o condición social, estamos atados a dos extremos, el bien y el mal, que siempre estarán conviviendo con nosotros en una sola persona.

¿POR QUÉ LLORA CLARA?

El que cree que, en el mundo, los diablos nunca andan sin cuernos, y los locos, sin cascabeles, será siempre víctima o juguete de ellos.

Arthur Schopenhauer

Numerosos expertos en psicología cognitiva conductual coinciden en que la tristeza es una emoción que surge del distanciamiento, la separación o la pérdida de algún vínculo. Existen diversas situaciones que evocan este estado de ánimo que, en ocasiones, puede producir llanto, que actúa como una señal que suele incitar a uno mismo y a otros a templar la circunstancia que causa la aflicción, a través del consuelo. ¿Pero cómo serenar la tristeza de la que no se conoce motivos? Esa duda se planteaban los alumnos del noveno semestre, grupo “B” de la Facultad de Psicología aquella mañana, cuando encontraron a Clara llorando amargamente en un rincón. Ella solía tomar asiento frente al pizarrón, pero, dadas las circunstancias en que se hallaba, había elegido aquel retiro para no interrumpir las siguientes dos horas de clases, correspondientes a la asignatura de Motivación y Emoción.

El empeño de Clara por encubrir su congoja fracasó en cuanto el salón comenzó a llenarse; pues, si bien era imposible no mirar su bella sonrisa en mejores momentos, lo era aún más contemplarla llorando. Clara no pertenecía al gremio de los estudiantes destacados, era más bien una estudiante promedio, pero con una belleza sin par, tan linda y honesta, que sin querer, uno no podía menos que enamorarse de ella. Por eso perturbaba tanto verla sufrir.

Conforme todos tomaban sus respectivos lugares dentro del salón, cada quien empezaba a formular sus propias conjeturas sobre lo que le ocurría a Clara: los más indiferentes decían que solo era una forma de llamar la atención; algunas chicas, a quienes ella no agradaba en absoluto, murmuraban que, fuese lo que fuese, seguro se lo tenía bien merecido; un pretendiente secreto ya empezaba a pregonar que, si alguien le había causado algún daño, él se encargaría de darle una lección; incluso, algunos intelectuales inmiscuidos opinaban que debía de estar atravesando una situación difícil, lo cual era secundado por una axiomática reacción al estrés agudo. En fin, las opiniones fueron disímiles y heterogéneas, pero nadie se atrevía a acercarse a ella para averiguar cuál era la causa de su incontrolable abatimiento. Sólo Isabella, una compañera no muy allegada a Clara, se vio virtualmente obligada, por estar sentada junto a ella, a cuestionar la razón de su pesar. La respuesta que obtuvo de Clara fue más llanto.

Llegó entonces el maestro y se dispuso a comenzar la clase. Alonso, ese era su nombre, era un hombre de mediana edad, alto, de rasgos fuertes, y, en ocasiones,

muy parco de afecto para la asignatura que tenía a su cargo. Este se percató de inmediato de los sollozos de Clara, y se dirigió a ella sin demora. “¿Te pasa algo, Clara?”, dijo el catedrático. La respuesta fue idéntica a la obtenida por Isabella. “¿Alguien sabe por qué llora Clara?”, cuestionó a sus educandos. Mas ni media palabra salió de la boca de los oyentes.

Dando por sentado que todos ignoraban lo mismo que él, Alonso dio inicio a su clase. Siempre se había caracterizado por ser un docente estricto, pero esta vez prefirió mostrarse indiferente ante el panorama que le ofrecía su adusta alumna. Por lo tanto, consideró imprudente solicitar a Clara su retiro. “Si lo que le aqueja es tan terrible, se irá por sí solo en cualquier instante”, pensó.

—Durante las últimas semanas, hemos estado discutiendo algunos aspectos básicos de la emoción. Hasta el momento, sabemos que la emoción es primordialmente adaptativa. Hoy estudiaremos cuál es el papel de la emoción en psicoterapia... —De este modo se introdujo la lección del día, y así avanzaron cuarenta y cinco minutos, en los que la desventurada Clara, no suprimía el llanto.

Sin importar su confinamiento, los vagidos de Clara acaparaban la atención de los concurridos, que, aún sin perturbaciones, tendían siempre a distraerse en la menor oportunidad. Mientras el profesor Alonso perseveraba en su esmerado sermón, los estudiantes idearon una manera de divertirse: vaticinar cuáles serían las penurias que atormentaban a Clara. La idea fue propuesta por Marcos, un chico bastante reconocido por ser el payaso de la clase; consistía en una apuesta, cuya mecánica era simple. Se elaboraría una hoja dividida en cuatro columnas, cada una con una hipotética causa del llanto de Clara: a) Pérdida de un ser querido, b) Enfermedad, c) Ruptura amorosa, d) Embarazo no deseado. Sólo debían escribir su nombre en la opción deseada, y, al final, el dinero recaudado se repartiría equitativamente entre las personas de la columna ganadora. La cuota fija para participar era de cincuenta pesos. No era de esperarse que todo el grupo tomara parte en este siniestro juego, pero, en efecto, así fue. Una vez completada la lista, las indiscretas miradas de los alumnos se tornaron más evidentes. Todos trataban de intuir cuáles eran sus probabilidades de ganar.

Para entonces, una hora y media de explicaciones y conceptos había sido, literalmente, llevada por el viento; lapso en el que, estaría por demás decir, Clara continuaba llorando sin consuelo.

El profesor Alonso, que, a pesar de su incipiente calvicie, no tenía un solo pelo de tonto, y quien se había percatado de lo que fraguaban sus alumnos desde la primera hora de clase, resolvió dar final al asunto de una vez por todas, expresándose de la siguiente manera: “Este día lo he dedicado a nutrir sus vacías mentes con un conocimiento invaluable sobre la función de las emociones en un proceso terapéutico, de lo que podemos concluir que la emoción está intrínsecamente relacionada con el significado que conlleva, por lo que no se

produce ningún cambio emocional sin que, al mismo tiempo, se produzca un cambio cognitivo, pero ¿a quién rayos le importa?”, dijo Alonso irónicamente, dejando caer al mismo tiempo su puño derecho sobre el escritorio para captar la atención de los estudiantes. Estos respondieron con un sobresalto de terror, a excepción de Clara, quien aún continuaba con su maratónico derramamiento de lágrimas.

Arrebatada la atención de la audiencia, Alonso continuó con la reprimenda: “¿A quién le interesa una aburrida clase de ‘motivación y emoción’? A nadie, supongo, porque lo que en verdad nos interesa a todos es saber por qué llora Clara. Siendo así, averigüémoslo. Pero antes, ¿alguien podría decirme a qué cantidad llegó el total de la apuesta?”.

Marcos, el entonces pusilánime organizador del juego, respondió azorado: “Dos mil pesos entre los cuarenta participantes, cincuenta era la tarifa para entrar. Si lo desea, inmediatamente devuelvo todo el dinero”.

—¿No les parece cruel lucrar con el dolor de su compañera? Aunque, por otra parte, me parece una idea muy original y retorcida, tratándose de alumnos en el último semestre de Psicología. Apúntame en la lista, como participante de último momento —dijo a Marcos—, elige por mí cualquier columna —agregó el erudito, para asombro de los presentes, y dio la cantidad señalada.

A pesar del alboroto, Clara permanecía impávida, abstraída en sus propios pensamientos pesarosos, y, por supuesto, no cesaba de llorar.

El profesor Alonso avanzó unos pasos hasta hallarse frente a Clara, esta yacía sobre su mesa, cubriendo su rostro con ambos brazos para encubrir su desasosiego. “Clara, a todos nos concierne saber lo que te sucede, si es que algo te sucede. Tus compañeros y yo solo deseamos ayudarte. Puedes decirnos con confianza por qué lloras, recuerda que lo que aquí se dice, aquí permanece”, dijo Alonso, haciendo uso de su bien trabajado timbre de terapeuta experimentado.

La frágil complexión de Clara parecía languidecer con la efusión de cada lágrima, mas al percibir aquel estímulo en su oído, sintió recobrar el resto de los sentidos. Empero, no había sido consciente de nada a su alrededor hasta aquel instante, ni siquiera de la apuesta que se celebraba a costa suya. Entonces, se le oyó balbucear las siguientes palabras: “So... so... soy... u... una... pe... ca... pecadora”.

La reacción espontánea de los espectadores osciló entre la risa y el estupor. La respuesta excitó en forma creciente la curiosidad de los testigos, quienes, por entretenimiento más que por solidaridad, se concentraron alrededor de Clara para escuchar el resto de su declaración.

—¿Una pecadora? —fue la pregunta eco del profesor Alonso.

Clara enjugó el diluvio de sus ojos con un pequeño pañuelo que sostenía en su mano izquierda; luego, sacando fuerzas de flaqueza, espetó, gimoteando, lo que la multitud ansiaba saber.

—Soy una pecadora, una sucia pecadora, porque ayer... ¡oh, Dios! No sé si pueda decirlo..., ayer estaba con mi novio en la sala de mi casa, como cada fin de semana, y, mientras mirábamos una película, vimos una escena en la que una pareja sostenía relaciones carnales. ¡Ángeles y querubines! Sentí..., sentí que un calor inefable inundaba mis entrañas, y una voz, que de seguro era el mismísimo diablo, susurraba a mi oído que lo besara con lascivia, y así lo hice. ¡Señor, perdóname, apiádate de esta impía que clama tu misericordia! No puedo negar que haya gozado esa libidinosa sensación, pero hoy me desperté pensando en ello y lo único que temo es haber quedado embarazada —dijo la desdichada y estalló en llanto una vez más.

—¿Hiciste algo más con tu novio aparte de besarlo? —indagó el profesor.

—No, sólo lo besé una vez, pero eso debió ser suficiente para que yo quedara encinta, ¿no es así? —expresó la desesperada Clara.

—¿Y quién te dijo que las mujeres se embarazan a través de los besos? —preguntó Alonso, quien estaba inmoderadamente ofuscado por la ingenuidad de la hermosa muchacha.

—El padre Benito, párroco y santo varón de mi comunidad —enunció Clara, confundida, aunque reconfortada por la posibilidad de que sus ideas fueran erróneas.

Quedando esclarecida la duda de todos, el dinero de la apuesta volvió a manos de sus dueños, y la muchedumbre se dispersó a sus respectivas actividades; se sobreentendía que, de ese espectáculo, no había nada más que ver.

El profesor Alonso, por otro lado, condujo a Clara, quien se hallaba de nuevo reanimada, hacia la biblioteca, donde le explicó al detalle los aspectos más básicos y esenciales de la sexualidad humana; tarea que le tomó más de dos horas, más llanto por parte de Clara e incontables corajes, debido a la cerrazón de mente de la cándida jovencita. Eventualmente, el catedrático sugirió sutilmente a su tozuda alumna, considerar la idea de dedicarse a una profesión para la que fuera más apta, como la de monja. Clara externó con amabilidad que lo tomaría en cuenta, aunque al día siguiente volvió a su clase como si nada hubiera pasado y, seis meses después, obtuvo su título de licenciada en Psicología.

POR UNAS CARICIAS

Las grandes pasiones son enfermedades incurables. Lo que podría curarlas las haría verdaderamente peligrosas.

Johann Wolfgang von Goethe

En un desesperado intento de huir de la ciudad en auxilio de su cara mitad, ante una imperiosa persecución policiaca, a las 19 del día 20 de mayo, fue detenido Miguel Higuera González, de treinta años de edad, maestro de ocupación, originario de un estado cuyo nombre, por los infaustos sucesos que ahí ocurrieron, no mencionaré. Se le acusaba del delito de homicidio doloso en agravio de Omar Villalobos Sánchez, de cuarenta y tres años de edad, a quien había privado de la vida, de doce puñaladas, dentro de su domicilio ubicado en un prestigioso fraccionamiento de la capital.

El que, para las autoridades, hubiera representado un excelente trabajo de investigación —y lo expreso de esa manera porque jamás lo fue—, había sido encabezado por la comandancia general de la Policía Ministerial del Estado, a través del Departamento de Homicidios a cargo de Mario Villalobos Sánchez, hermano del extinto, en cooperación con dos agentes de la corporación. Mario era un hombre relativamente joven para el cargo que representaba, pero con el estómago bastante apto para lidiar con todas las clases de atrocidades que implicaba su trabajo; solo una desgracia, en tantos años de servicio, había diezclado sus nervios de acero, y esa era la muerte de su único hermano. Los cómplices del comandante, por su lado, tenían un aspecto simiesco y feroz, que hacía juego con sus constantes actos de brutalidad policiaca, imagen que distaba mucho de la simetría y porte de su jefe, como si ambos hubieran sido hechos con un mismo molde imperfecto.

La captura fue realizada en un centro comercial, lugar en que el homicida esperaba que su esposa le llevara algunos ropajes para sustraerse de la acción de la justicia. Pero no contaba con la sagacidad de los agentes ministeriales, que lo detuvieron y condujeron a un sitio, donde el hermano del interfecto ajustaría cuentas con su ejecutor antes de ponerlo a disposición del Ministerio Público. Mientras se le trasladaba al que sería el templo de sus martirios, Miguel Higuera fue desnudado completamente y encapuchado, para que no viera ni reconociera a los que serían sus torturadores.

Para cuando hubieron alcanzado su destino, el reo empezó a sentir el olor de su propia suerte, aún antes de ser inmolado; el lugar era húmedo, vaporoso y sofocante en extremo. Se trataba, en efecto, de un espacio semiabierto que, durante el verano, que era la época de entonces, desprendía ese clima de encierro

y confinamiento. Durante el día, era un taller mecánico, pero de noche se empleaba como cámara de torturas, donde el comandante Villalobos y sus bestiales guardias solían aplicar, con delincuentes, una versión más primitiva del polígrafo, que a su parecer, arrojaba siempre los mismos resultados.

—¿Por qué lo mataste, escoria humana? —indagó el enardecido comandante al secuestrado, quien se hallaba maniatado por los corpulentos guardias.

El prisionero levantó la cabeza y jadeó, como implorando la piedad de sus captores, mas no articuló ni una palabra.

El irascible jefe hizo un gesto con sus palmas e indicó a sus crueles lacayos: “Ya conocen el procedimiento muchachos, comenzaremos con ‘la percha del loro’, a ver si con eso confiesa este mal nacido”.

Y sin vacilar, los monstruosos agentes amarraron a su víctima de pies y manos en una barra de hierro, dejándolo suspendido en el aire cual animal cazado; y en ese estado, el comandante Villalobos comenzó a golpearlo con una pesada pala metálica, sin dejar un solo ángulo de su cuerpo sin dañar, mientras lo interrogaba: “¿Por qué lo mataste? Confiesa, ¿qué tenías que ver con Omar Villalobos?”, y de ese modo se prolongó el suplicio, hasta que el verdugo sintió extenuadas sus energías, sin escuchar del cautivo otra cosa que no fueran gritos y lamentos de dolor.

—Jefe, tal vez un poco de calor aclare la mente de este bastardo —graznó, uno de los que sujetaban al sometido.

El comandante asintió, y, de inmediato, se liberó al mártir de sus ataduras; no obstante, se le colocó en una postura diferente, de rodillas, con ambos brazos extendidos hasta el punto de casi desprender sus articulaciones, y de cara a un rincón del horrendo paraje.

De pronto se oyó el silbido de un artefacto, y un ligero olor a gas impregnó el aire del recinto, de lo cual el secuestrado no fue del todo consciente, hasta que apreció sus efectos sobre su propia carne: “¡Quema, quema, ah, por favor, no más! ¡Deténganse! ¡Se los suplico!”, clamaba lastimosamente el presunto malhechor, mientras que los siniestros guaruras deslizaban alternadamente la llama de un soplete sobre su adolorida espalda, que se chamuscaba a fuego lento.

La sesión punitiva cesó cuando el inmolado parecía desmayar. De buena gana, el comandante lo hubiera matado de un solo tiro en la cabeza, pero con ese proceder tan solo le habría hecho un favor, aunque, por otra parte, la memoria de su hermano le demandaba la más terrible de las venganzas.

—¿Ahora sí, me dirás por qué asesinaste a Omar Villalobos? —inquirió el furibundo líder.

Ante la insistente pregunta, y en medio de la penumbra que lo circundaba, el acusado musitó: “Por unas caricias, yo sólo quería más caricias..., y él se negó a dárme las, por eso lo maté”, y, sumido en su doloroso trance prosiguió: “Aún puedo recordar cuando lo conocí, sucedió en abril, fue en la fiesta de un amigo del colegio, a la que, por cierto, no deseaba asistir, pero me terminé presentando, por falta de algún otro plan más interesante. Mientras regresábamos a nuestros asientos tras felicitar al cumpleaños, tropezamos por accidente, y fue en ese instante mágico cuando contemplé por primera vez sus grandes ojos verdes, llenos de ardor, que, al instante, clavaron en mi corazón dos dardos divinos de una pasión que no se apagaría jamás y que me harían perder la razón hasta el extremo de aniquilarlo, antes de concebir la idea de compartirlo con alguien más”, dicho esto, estalló en copioso llanto, sus lágrimas corrían a raudales, lo que le impidió proseguir con su patética confesión.

—¿De dónde te surgen tan quiméricas calumnias alimaña?, ¿no te das cuenta que de mí depende si vives o mueres en estos momentos? Lo que dices es imposible, mi hermano no era ningún homosexual. Omar lo tenía todo en la vida, una bella esposa y dos hijos, que, por causa tuya, pedazo de inmundicia, han quedado desamparados —acotó, pasmado, el comandante.

—¿Era tu hermano? —preguntó el quebrantado reo. Entonces comprendió la causa que lo había colocado en ese calvario, y, a la sazón, agregó—: Aunque la ceguedad de esta lóbrega máscara me impide verte, preciso que eres tal cual te describía tu hermano, un hombre temperamental y violento.

Este discurso acrecentó la rabia del comandante Villalobos, quien de un potente puñete derribó al interrogado sobre el repugnante suelo. “Muchachos, aplíquenle ‘el submarino’ a este miserable y cuiden que se mantenga con vida, que, de lo contrario, pagarán con las suyas”, expresó el autoritario jefe.

Siguiendo las indicaciones de su líder, los colosales agentes sumergieron al detenido, por intervalos, en una enorme pila de agua fría, con las manos atadas a la espalda, para inducirle náuseas, manteniendo sumo cuidado en que continuara respirando.

Consumado el tormento, y habiendo transcurrido el tiempo suficiente para que el torturado se recobrar de la asfixia, el comandante retomó su despiadado escrutinio.

—Entonces, ¿era tu amante?

—No, era mi psicólogo. Desconocía que se dedicaba a esa profesión, pero, en cuanto tuve conocimiento de ello, solicité sus servicios como tal. Desde un principio, supe que correspondía a mis deseos, la terapia era solo un pretexto. Sólo tuve que esperar a que, un día de tantos, una de esas tediosas sesiones en las que debía hablarle de mis traumas infantiles, se tornara en lo que yo apetecía, y,

en el momento menos pensado, sucedió; el psicólogo Omar Villalobos sucumbió a lo que, en la jerga analítica, denominan “contratransferencia erótica” — vociferó el sojuzgado con notable esfuerzo en el habla.

El endurecido corazón del comandante Villalobos, cuyas capas se estremecían con cada palabra que salía de la boca del homicida de su deudo, lo incitó a persistir en su sanguinario desagravio, y dio a sus bestiales agentes un nuevo mandato.

—Traigan la máquina de corriente y hagan buen uso de ella con este marica.

Los encomendados, sin demora alguna, sujetaron una vez más al encapuchado, ésta vez, de pies y manos, en un somier, donde, aprovechando la humedad de su cuerpo, le aplicaron sin misericordia la máquina de corriente en las partes más sensibles de su cuerpo, comenzado por las orejas y la lengua, rematando con doble intensidad sobre los testículos y el ano. Los alaridos y clamores del mortificado eran tan impetuosos que, para acallarlos, los verdugos subían todo el volumen del estéreo de la camioneta en la que lo habían transportado; el ruido, mezclado con la música, el olor a carne quemada y la macabra escena, parecían emular un paisaje del mismísimo averno.

Tras la sesión de dolor, la humanidad del preso se hallaba humeante, así como colmada de hematomas y contusiones.

—¿Ahora sí me dirás por qué realmente lo mataste? —inquirió, embravecido, el comandante a su víctima, al tiempo que blandía entre sus manos una pesada herramienta de hierro.

—Ya te lo he dicho —respondió el desfallecido enjuiciado.

Ante la simplicidad de aquella réplica, el colérico judicial asestó golpes de furia sobre su indefenso blanco, mientras derramaba lágrimas por su irreparable pérdida.

—¡Confiesa!, ¡habla!, ¿por qué lo mataste? —rugía el comandante, hiriendo al asesino de su sangre sin piedad ni tregua. Cada golpe era más fuerte que el anterior, como si dentro de él llevara una bestia o un sanguinario criminal.

Por fin, uno de los golpes, colocado acertadamente sobre el lóbulo parietal del lacerado reo, lo sumió en el más profundo sopor, y su alma abandonó su cuerpo. De pronto, contempló la libertad de esta agreste vida y, mientras caminaba hacia la luz, divisó a su amado, esperando por él, para darle las caricias que tanto anhelaba.

ALGUIEN IMPORTANTE

Que hablen de uno es espantoso. Pero hay algo peor: que no hablen.

Oscar Wilde

Cuando Sofía nació, su madre notó en sus ojos un fulgor tan intenso que, al instante, tomó su apreciación como una señal del cielo de que la pequeña sería, en un tiempo no muy lejano, alguien importante, por lo que, desde entonces, creyó inconcebible que una damisela con unos ojos tan hermosos, tuviera que resignarse a una vida común y corriente. “Algún día serás famosa, acaso una actriz, quizá una cantante, modelo, o no, ya sé, algún invento llevará tu nombre o tu rostro aparecerá en los billetes de quinientos”, le susurraba su madre al oído a la chiquilla mientras la arrullaba. Haciendo de esto un hábito, iría modelando la personalidad de Sofía con el correr de los años.

Para su séptimo cumpleaños, Sofía era ya el principio de aquel plan que había ideado su madre al nacer, una niña extraordinariamente inteligente y hermosa, elogiada por sus maestros, considerada la favorita del segundo grado, un dechado de talentos, demasiado perfecta para su edad.

En una de las frecuentes charlas que sostenían madre e hija cada noche, Sofía preguntó a su mamá sobre un asunto que, hasta entonces, había callado, por temor a ser reprendida, pero al transcurrir el tiempo comenzó a considerar a su madre más como una amiga, y esto le dio la seguridad de hacerlo: “Mamá, ¿por qué no tengo papá?”.

La pregunta paralizó por un instante a la madre, quien con antelación sabía que ese día llegaría, aunque no esperaba que fuera tan pronto; había imaginado, más bien, que eso ocurriría el día de su boda, razón por la cual no tenía preparada ninguna explicación. “Verás, tu padre solía ser un hombre de negocios, exitoso, viajero y, exactamente al enterarse de que estaba embarazada de ti, salió a una última asignación al Medio Oriente. Había prometido que, al regresar, renunciaría a la empresa, y emprenderíamos juntos un negocio de fármacos para dedicarnos al hogar, a cuidarte. Lamentablemente, no regresó, ni siquiera sé si está vivo o muerto. Pero, desde hace mucho, dejé de sufrir por él, sucedió cuando tú llegaste a mi vida. —Entonces, hizo una prolongada pausa y recordó la amarga verdad. El día que supo que estaba embarazada de Sofía, descubrió en su alcoba, de la peor manera posible, que su madre y su esposo mantenían una aventura, que, por su intensidad, no parecía ocasional. Al momento, deseó saltar por el balcón de aquella recámara y acabar con su vida, pero reflexionó una fracción de segundo y concluyó en pedirles a la pareja de adúlteros que se fueran tan lejos

como pudieran y que, por ninguna razón, circunstancia o motivo, volvieran a acercarse a ella ni a su hija.

—Mamá, mamá, despierta, ¿qué te pasa? —dijo Sofía, desesperada, al ver a su madre ausentarse del presente pensando en quién sabe cuántas cosas, y la abrazó con fuerza, aunque no fue tan ingenua como para creer la historia de su desaparecido padre, mas se empeñó en fingirlo; la verdad de su madre fue, desde entonces, la verdad y punto.

Su madre volvió en sí y le pidió que jamás tocara el tema de nuevo, porque era algo que la entristecía mucho, luego añadió: “Pero qué importan los detalles, si nos tenemos la una a la otra, poseemos esta casa que es nuestro castillo, aquí yo soy la reina, y tú, mi princesa”, en seguida, sacó de una pequeña caja que estaba en su buró una cadena de plata y un deslumbrante dije adiamantado en forma de corona, que, sin demora, colocó en el cuello de su hija.

Al día siguiente, Sofía despertó para encontrarse con aún más sorpresas, su cuarto había sido decorado de tal forma que empezaba a tomarse en serio el título de princesa que se le había otorgado la noche anterior: sobre la mesa del tocador se hallaba su retrato en un marco color rosa, el cual juzgó aún más bello que la misma foto; un enorme baúl de madera repleto de muñecas, un guardarropa nuevo, cortinas de encaje, los pósteres de sus artistas favoritos y, como detalle final, situado al centro de la recámara, un cuadro de madera forrado en plástico titulado “Estas son las reglas de mi cuarto”, en el que se especificaban las normas que todo visitante debía seguir si pretendía entrar a su recámara, entre las que figuraban quitarse los zapatos antes de entrar y acceso directo a chicos guapos.

Así pasaron varios años para la condescendida Sofía, rodeada de mimos, éxito académico y amor maternal. Cada vez que se miraba al espejo, sólo tenía un pensamiento: “¡Qué perfecta soy!”.

Al llegar a la adolescencia, continuaba acumulando logros que incrementaban su vanidad, pero un día pensó que algo podía estar faltando en su vida, una cosa que tenía la mayor parte de la gente que la rodeaba, y que, casualmente, tampoco tenía su madre: amigos.

Su floreciente atracción por el sexo opuesto la llevó a discurrir el porqué, y su respuesta lógica fue que, debido a que ambas estaban tan ocupadas en sus labores, no tenían tiempo para esas pequeñeces. De repente, su perfección se vio ofuscada por ese detalle, lo que la motivó a observar lo que hacían las personas para tener amigos, divertirse en grupo, incluso enamorarse.

Sofía pronto descubrió que era más simple de lo que pensaba. Sus largas horas de observación por las calles y la escuela le habían revelado que todo era cuestión de afinidad, tener cosas en común, compartir tiempo, intercambiar regalos

ocasionalmente, ayudar, decir cumplidos, guardar secretos y, sobre todo, amar el chisme; no obstante, ¿quién podría ser la amiga o el novio ideal para ella?

Cada vez que miraba a su alrededor y pensaba en un candidato para entablar una charla, sin excepción, no tardaba en hallarle un defecto. Sin darse cuenta, a sus diecisiete años se había convertido en una clase de juez severa en cuanto a las apariencias. Al mirar, no veía a alguien como persona, sino como individuo demasiado gordo, muy flaco, con lunares en la cara, mal afeitado, pésimo sentido de la moda..., entre otros tantos adjetivos con los que no terminaba de rotular, metafóricamente, a las personas.

Cuando una mañana se topó con Javier, un compañero de su grupo, quien caminaba felizmente tomado de la mano con su novia, y al ver la dentadura asimétrica y filosa de ésta, se preguntó: “¿Cómo puede querer Javier a una chica tan fea?”, creyó, por primera vez, que algo no andaba bien en su cabeza.

Tras un año de asocial existencia y sin tener la confianza de contarle a su madre sobre aquel malestar que la atormentaba, Sofía resolvió buscar ayuda psicológica. Considerando que el dinero no era para ella un inconveniente, trató de buscar al profesional más caro que se anunciara en el directorio.

En sus primeras sesiones, Sofía habló de su historia familiar, logrando comprender un poco que su supuesta perfección tenía origen en una idea introyectada por su propia madre y reforzada con el tiempo. A pesar de este pequeño progreso, un mes le bastó para renunciar a la terapia; su hábito de encontrar defectos la había vencido una vez más. El psicólogo Antonio Rojas no era lo que estéticamente se podría considerar un hombre agraciado, al menos, para la sociedad occidental; era alto, corpulento, de piel morena, y su atuendo serio, aunado a su lacia cabellera, al tupido vello facial concentrado en su barbilla y sus enormes anteojos de fondo de botella, le daban un aspecto intelectual y a la vez risible.

—Busco un terapeuta, no un sabelotodo —objetó Sofía al decidir abandonar las consultas.

En los siguientes seis meses, el psicólogo se hallaba en su consultorio analizando lo que, en un principio, denominó “el caso Sofía”, el cual reabrió debido a un cuantioso número de casos similares al de aquella núbil paciente. Se trataba de adolescentes y jóvenes, de entre dieciséis y veinticuatro años, quienes experimentaban una clase de vacío existencial e incapacidad para establecer relaciones interpersonales por encontrar en ellas carencias que no encajaban con sus supuestas formas perfectas de ser, y, al igual que Sofía, abandonaban el tratamiento justo cuando parecían empezar a comprender la razón de su mal.

Ante la prevalencia de los casos, el psicólogo Rojas emprendió una investigación que, años después, le valdría un reconocimiento especial en la sociedad de

trabajadores de la salud mental. Dos años duró su estudio, y, al finalizarlo, todo apuntaba a que el origen de ese pensamiento adolescente-joven era producto de un cambio cultural, y que era producto de un cambio cultural que tenía claros fundamentos históricos. En una conferencia dirigida a la comunidad de psicólogos investigadores expresó:

“Ahora, más que nunca, vivimos en una cultura que promueve la búsqueda de la perfección individual, el consumo, las apariencias, el valor a través del tener, así como la falta de compromisos afectivos y duraderos. Si hemos de buscar una explicación a estos rasgos, la hallaremos en la historia; la sociedad occidental proviene de raíces judeo-cristianas y griegas. De los primeros aprendimos los valores morales, la represión de las pasiones y el estoicismo, de los segundos, la supremacía de la belleza física, el hedonismo y la razón que cuestiona incluso la existencia de Dios. Estos son los elementos que hacen de nuestros jóvenes y adolescentes seres neuróticos...”

Días después de su enunciar su discurso, el psicólogo inició una gira mundial para la difusión de su teoría, pero antes de partir escribió una carta breve a Sofía, la paciente por la que el trabajo de su vida había comenzado.

Sofía y su madre vivían, entonces, en una casa nueva, lo que dificultó al psicólogo localizarla. Aún seguían siendo ellas dos las únicas habitantes de aquella morada llena de lujos y vacía de afecto. La carta fue colocada temprano, por un mensajero, debajo de la puerta, así que pasó toda la mañana abandonada, hasta que Sofía volvió de la universidad y la recogió; la carta expresaba:

“No sé si me recuerdas, pero hace años llegaste a mi consultorio hablándome de un problema que, espero, ya hayas resuelto. Soy el psicólogo Antonio Rojas y, sin más preámbulos, te diré que, gracias a ti, ha surgido una idea que podría ayudar a entender la falta de sentido en la vida de jóvenes y adolescentes con malestares similares a los que me planteaste en terapia. Como en la psicología solemos apoyarnos de un diagnóstico para el tratamiento y estudio de la conducta humana, de tu caso surgió algo a lo que he llamado “síndrome de Sofía”. Era necesario que lo supieras, pues esta información pronto aparecerá en libros y medios de comunicación, lo que, en consecuencia, dará paso a nuevas investigaciones en torno al tema. Si lo ves por el lado optimista, a partir de ahora, eres prácticamente famosa. Gracias. Atte. Psicólogo Rojas”.

Al terminar su lectura, Sofía no sabía si sentirse ofendida o halagada, por lo que dejó el papel sobre la mesa y se marchó a su habitación a dormir, estaba demasiado cansada como para pensar en otra cosa que no fuera recostarse en su cómodo lecho.

Cuando despertó, como si se tratara de un espejismo, Sofía vio a su madre sentada al borde de su cama, y, complemento de su asombro, sostenía el papel que había dejado sobre la mesa. El panorama la hizo saltar fuera de sus sábanas.

—Mamá, yo... este, la carta —balbuceó Sofía.

Su madre, con aires de tranquilidad, se acercó a la joven y dijo: “Ven, acércate, ya leí la carta y no te voy a regañar, no es nada malo”.

La temerosa Sofía accedió a su petición, y el acercamiento terminó en un abrazo. A continuación, los labios de su madre le susurraron efusivamente al oído:

—Ya ves, siempre supe que algún día serías alguien importante.

LAS PALABRAS OLVIDADAS

Que los elefantes sean tan inteligentes, y los hombres, tan bestias debe ser debido a una cuestión de educación.

Alejandro Dumas

Los gritos en la sala de labor eran tan fuertes e irritantes que podían incluso oírse hasta la entrada del hospital. Provenían de una adolescente cuya angustia y dolor frente a su primer parto habían turbado el área desde la madrugada. Cumplidas las 8 a. m., cuando los doctores no hallaban qué hacer para enmudecerla, se recurrió al arma secreta: “Llamen con urgencia a la psicóloga”, enunció el médico a cargo. Cuando esta llegó al lugar corriendo, los alaridos, literalmente, la frenaron de contado. Para este tipo de casos había escuchado decir en broma a otros colegas que “dos o tres cachetadas” eran el mejor remedio para calmar a una paciente difícil en labor de parto.

—Primigesta, diecisiete años, en la fase final del periodo dilatante, es necesario revisarla y prepararnos para el expulsivo, así que le agradeceremos mucho que la convenza, gracias —expresó el joven residente que aguardaba su llegada, en un discurso tan veloz que apenas pudieron entenderse sus palabras, y se retiró.

En efecto, la chica estaba fuera de control; lucía joven, pálida y delgada, no permitía que nadie le pusiera las manos encima, mucho menos para revisarla, y sus quejas eran realmente atronadoras.

Al abrir el cubículo, psicóloga y paciente quedaron solas, mientras que el ir y venir pausado de los doctores revelaba la desesperación por que se encontrara un remedio que detuviera aquel escándalo. Inmediatamente, cerraron las cortinas del estrecho lugar para calmar a la incontrolable adolescente. Cinco minutos de haber comenzado la intervención, el llanto y los clamores dejaron de resonar en la sala, y, quince minutos más tarde, el silencio anhelado reinaba por completo. Entonces se llamó a los médicos para realizar su trabajo. Ellos encontraron una paciente cooperadora e imperturbable, muy distinta a la que habían tenido que soportar toda la noche. Tales factores hicieron que la revisión de emergencia se llevara a cabo de modo satisfactorio, y posteriormente fue trasladada al quirófano. Días después se sabría que había dado a luz por parto natural, a pesar de que en su caso se esperaba una cesárea.

El residente a cargo, quien al ver a la psicóloga entrar al área pensó que jamás lograría controlarla, sintió curiosidad de saber cómo había conseguido su hazaña.

—¿Cómo lo hizo, psicóloga? —preguntó el médico, en espera de una respuesta extraordinaria.

—La mayor parte del cambio consistió en decirle a la paciente dos palabras que ustedes olvidaron mencionar —dijo la experta.

—¿Y cuáles fueron? —replicó el galeno.

—“Por favor” —respondió la psicóloga.

DECÁLOGO DEL PSICÓLOGO “CUERDO”

1. No dudarás de la existencia del amor ni de Dios.
2. No analizarás a tu prójimo.
3. No consentirás pensamientos depresivos ni psicóticos.
4. No robarás... a tus pacientes, alargando sus tratamientos más de lo necesario.
5. No te identificarás con ninguna de las psicopatologías que encuentres en tus libros.
6. No fornicarás... con tus pacientes.
7. No idolatrarás a tus maestros.
8. Si amas la psicología científica, no odiarás la ética.
9. No manipularás las pruebas psicométricas.
10. Freudianos, lacanianos, rogerianos, gestaltistas..., los amarás a todos como a ti mismo.

- Introducción
- El psicólogo y el chofer
- Un novio para Alejandra
- Una buena reputación
- Fobia
- El sanador insano
- Una tarde con la terapeuta familiar
- Los psicoanalistas y el amor
- Ojos que no ven, ¿manos que no sienten?
- La trampa
- ¿Por qué llora Clara?
- Por unas caricias
- Alguien importante
- Las palabras olvidadas
- Decálogo del psicólogo “cuerdo”

Acerca del autor

Pedro F. Vázquez Silván

E-mail: der_gross@hotmail.com



Nació en Tabasco, México, en 1987. Es escritor y psicólogo egresado de la Facultad de Psicología de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, en el 2009 fue postulado como representante juvenil mexicano ante la Organización de las Naciones Unidas por la misma casa de estudios. Trabajó como reportero en diversas radiodifusoras locales y como expositor en el área de la salud mental. Actualmente, es maestro psicólogo de Educación Especial en la Secretaría de Educación y catedrático en el Instituto Tecnológico Superior de Macuspana del estado de Tabasco.

Su primera publicación “Cuentos de locura para Psicólogos cuerdos”, explora el lado humano del experto en salud mental a través de breves historias en las que el especialista se vislumbra más enfermo que sus propios pacientes.